

**CB
120**

**François Brossier, Michel Clincke,
André Dubled, Philippe Gruson,
Raymond Kuntzmann, Claude Wiéner**

Palabras de Vida

**59 textos bíblicos
para los funerales**



EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41
31200 ESTELLA (Navarra)
2004

Si hay un momento en el que los textos de la Biblia son escuchados con atención, es con ocasión de los funerales, y más generalmente ante la muerte de personas cercanas. Estas palabras de esperanza y de fe son recibidas entonces como reconfortantes, como una luz bienvenida en días sombríos; cada uno de nosotros ha podido vivir esa experiencia. Por eso hemos hecho este Cuaderno, pensando a la vez en aquellos que afrontan la muerte o viven el duelo y en los que –presbíteros o laicos– celebran los funerales.

Aquí se presentan y se estudian de manera sencilla 59 lecturas bíblicas que la experiencia de la Iglesia ha seleccionado. Se proponen pistas de lectura y de meditación, especialmente para los presbíteros y los laicos que tienen que hacer hablar a estos textos bíblicos. ¿Cómo encontrar las palabras que den paz y reconforten sin recibir en primer lugar para sí mismos estas Palabras de Vida? ¿Cómo transmitir la Buena Noticia de los cristianos sin profundizar en la propia fe en Cristo muerto y resucitado? Por otra parte, estas lecturas bíblicas son también Palabras de Vida para todos los bautizados, especialmente para los que se preparan para el gran paso y el encuentro con el Resucitado, al final de su vida. Y todos los cristianos que los visitan como amigos y los acompañan, en las residencias y los hospitales, ¿no tienen también ellos necesidad de reavivar su fe y su esperanza de Pascua?

Los autores de este Cuaderno son biblistas o presbíteros en parroquias, o ambas cosas a la vez: François BROSSIER (Vendôme), Michel CLINCKE (Armentières), André DUBLED (Amiens), Philippe GRUSON (Évangile et Vie), Raymond KUNTZMANN (Estrasburgo) y Claude WIÉNER (Ivry sur Seine). Se han encargado simplemente de decir cómo estos textos de la Biblia son testimonios de humanidad y de fe, iluminados por la presencia de Aquel que conoció nuestra muerte y nos llama a vivir cada día de su resurrección.

Philippe GRUSON

Las lecturas que se presentan en este Cuaderno corresponden a los textos propuestos en el «Leccionario de difuntos» (en el Leccionario VIII), del que se conserva la numeración: del 1 al 33 para las primeras lecturas, y del 1 al 23 para los evangelios (101 a 123 en el antiguo Leccionario). Otros tres textos (bis) proceden de la «Selección fundamental de lecturas para celebrar con personas poco formadas en la fe».

Consejos para la elección de las lecturas

La elección de los textos bíblicos (primeras lecturas y evangelios) a menudo tiene una gran importancia, tanto para la familia y los allegados como para las personas que frecuentan poco la iglesia. Esta elección será más fácil después de un encuentro con la familia o los más allegados. Con frecuencia, incluso podrá hacerse junto con la familia; en este caso, es útil proponer una primera selección de lecturas.

Algunos funerales están muy marcados por las circunstancias particularmente dolorosas de la muerte, o bien por la personalidad o la vida del difunto. Las indicaciones que se ofrecen a continuación, de ninguna manera restrictivas, pretenden ayudar a escoger las lecturas para situaciones particulares.

– Para niños¹:

1^{as} lecturas: 2; 5; 7; 8; 13; 17; 20; 23 bis; 25; 27; 30; 30 bis; 33.

evangelios: 2; 2 bis; 6; 15; 16; 17; 19; 22; 23.

– Para niños no bautizados²:

1^{as} lecturas: 2; 7; 8; 17; 30; 30 bis; 33.

evangelios: 2; 2 bis; 6; 17; 19; 23.

– Para familias fuertemente impactadas o conmocionadas (muerte de jóvenes, de padres jóvenes, muerte violenta, duelos múltiples):

1^{as} lecturas: 3; 6; 18; 19.

evangelios: 1; 6; 9; 19.

– Para difuntos muy ancianos, muertes preparadas:

1^{as} lecturas: 16; 23; 24; 27; 31.

evangelios: 3; 8; 10; 16.

– Para difuntos que han sufrido mucho (enfermedad larga, coma, muerte vivida como una liberación):

1^{as} lecturas: 14; 27; 33.

evangelios: 1; 7; 19.

– Para suicidas o personas juzgadas, criticadas:

1^{as} lecturas: 8; 10; 17.

evangelios: 11; 13; 15.

– Para familias que expresan poca fe o alejadas de la Iglesia:

1^{as} lecturas: 2; 7; 8; 25; 30.

evangelios: 4; 17; 21.

– Para asambleas «poco homogéneas»³, con pocos cristianos:

1^{as} lecturas: 3; 7; 8; 10; 16; 17; 21; 25; 26; 29; 33.

evangelios: 1; 6; 7; 12; 13; 15; 18; 19; 20; 21; 22; 23.

– Para difuntos responsables o comprometidos, cristianos o no:

1^{as} lecturas: 9; 15; 16; 20; 22; 26; 29; 30 bis.

evangelios: 1; 4; 5; 10; 20.

– Para difuntos que han dado testimonio de su fe cristiana:

1^{as} lecturas: 4-5; 14; 15; 16; 22; 26; 28; 29; 31.

evangelios: 1; 12; 16; 22.

1. Selección propuesta por el Leccionario para la liturgia de difuntos.

2. *Íd.*

3. Selección propuesta por el Leccionario («elección A»).

Bibliografía

- «À l'heure de notre mort»: *Fêtes et Saisons*, n. 535.
- J. ALDAZÁBAL (ed.), *La celebración de las exequias* (Barcelona, Centre de Pastoral Litúrgica, 2º1999).
- P. BONY, *La résurrection de Jésus* (París, L'Atelier, 2000).
- I. CHAREIRE, *La résurrection des morts* (París, L'Atelier, 1999).
- E. CHARPENTIER, *¡Cristo ha resucitado!* (Cuadernos Bíblicos 4; Estella, Verbo Divino, 2º1990).
- COMISIÓN EPISCOPAL DE LITURGIA, *Comentarios al ritual de exequias renovado* (Barcelona, Coeditores Litúrgicos, 2º1990).
- DELEGACIÓN DIOCESANA DE LITURGIA, *Celebración cristiana de la muerte* (Santander, Obispado, 1999).
- «Dire adieu»: *Fêtes et Saisons*, n. 499.
- *Las exequias cristianas. Sentido teológico y pastoral* (Barcelona, Centre de Pastoral Litúrgica, 1989).
- P. FARNÉS et al., *Acompañar al cristiano en su muerte* (Barcelona, Centre de Pastoral Litúrgica, 1995).
- J. I. GONZÁLEZ FAUS, *Al tercer día resucitó de entre los muertos* (Madrid, PPC, 2º2002).
- P. GUÉRIN, *Celebración de los funerales. Testimonios y homilias* (Madrid, Ed. Paulinas, 1989).
- J. GUILLET, *Jésus devant sa vie et sa mort* (París, Aubier, 1971).
- M. GOURGUES, *Jesús ante su pasión y su muerte* (Cuadernos Bíblicos 30; Estella, Verbo Divino, 1990).
- *¡Ha resucitado! Textos y plegarias ante la muerte* (Zaragoza, Diócesis, 1995).
- *Je suis la Vie. Textes bibliques pour la célébration des funérailles* (París, Cerf).
- X. LÉON-DUFOUR, *Jesús y Pablo ante su muerte* (Madrid, Cristiandad, 1982).
- J. LLIGADAS (con la colaboración de J. GOMIS, M. D. HERRANZ e I. MARQUÉS), *Homilias para las exequias* (Barcelona, Centre de Pastoral Litúrgica, 6º2002).
- J. MADURGA, *Viviremos con él. Celebraciones para funerales* (Madrid, San Pablo, 1998).
- V. G. MANZANEDO, *Pastoral de la esperanza cristiana. Oración, liturgia y cantoral de difuntos* (Madrid, PS, 1992).
- D. MARGUERAT, *Vivre avec la mort: le défi du Nouveau Testament* (Lausana, Éd. du Moulin, 1987).
- R. MARTIN-ACHARD, *La mort en face selon la Bible hébraïque* (Ginebra, Labor et Fides, 1988).
- «La mort et l'au-delà»: *Dossiers de la Bible*, n. 54.
- J. A. PAGOLA, *hacia una muerte más digna* (San Sebastián, Idatz, 2001).
- «Parler de la résurrection»: *Dossiers de la Bible*, n. 27.
- «Porquoi m'as-tu abandonné?»: *Dossiers de la Bible*, n. 87.
- C. TASSIN / J. HERVIEUX / H. COUSIN / A. MARCHADOUR, *Les évangiles. Textes et commentaires* (París, Bayard, 2001).
- «Traverser le deuil»: *Fêtes et Saisons*, n. 564.
- P. VIBERT, *Préparer et célébrer les funérailles avec les équipes liturgiques* (París, L'Atelier, 1996).

PRIMERAS LECTURAS

EN -

1. Antiguo Testamento

1. ES BUENO REZAR POR LOS MUERTOS (2 Macabeos 12,43-46)

El contexto

Estamos en el año 163 antes de Cristo. Hace cuatro que los judíos se han rebelado contra los ocupantes griegos, que quieren imponerles su manera de vivir y abolir la cultura y la religión judías. Judas Macabeo, jefe del ejército judío, acaba de lograr una victoria, pero por escaso margen, y ha tenido bajas entre sus soldados. Ahora bien, cuando recogió a éstos descubrió en ellos amuletos paganos, prohibidos estrictamente por la ley judía. «Entonces todos comprendieron que ésa había sido la causa de su muerte» (2 Mac 12,40, inmediatamente antes de nuestro texto).

Judas toma entonces una iniciativa absolutamente nueva para la época: ofrecer un sacrificio por estos muertos. En efecto, estamos en un momento en el que en Israel aparece la fe en la resurrección (Daniel 12, *cf.* p. 13). Judas desea, pues, que estos soldados pecadores no sean contados entre los réprobos el día de la resurrección, y considera intervenir en su favor, lo que supone que su suerte no está definitivamente decidida en el mo-

mento de su muerte. De esta convicción nacerá la costumbre judía de orar por los muertos. Más tarde, entre los cristianos aparecerá la fe en el purgatorio y la práctica de la oración por los difuntos: se pide a Dios que perdone sus pecados.

El texto

- v. 43a-c: iniciativa de Judas Macabeo.
 - vv. 43d-46: justificación de esta iniciativa:
 - 43: un hermoso gesto de fe.
 - 44: aspecto negativo: si no hubiera creído...
 - 45: aspecto positivo: pero, creyendo...
 - 46: un pensamiento religioso y santo.
- Conclusión.

El razonamiento puede parecer paradójico: estos muertos han sido contaminados por la idolatría, y se habla de recompensa para los justos. Sin duda, el autor piensa que, a pesar de todo, lucharon por su pueblo y por su fe, y que su compromiso con la idolatría no lo es todo en su actitud. Por tanto, tiene que ser posible interceder ante Dios en su favor.

Pistas de lectura

Se insistirá en la fe en la resurrección y en nuestra misteriosa relación con los que nos han dejado.

Puesto que Cristo conoció la muerte y después resucitó, se ha convertido en el «Señor de vivos y muertos» (Romanos 14,9, p. 21); él nos ha unido a nuestros difuntos, por los cuales podemos y debemos rezar.

Sin desarrollar demasiado el contexto histórico, no hay que olvidar que estos muertos son pecadores, y que todos nosotros somos pecadores, incluso aunque, durante las exequias, tengamos la tendencia a no quedarnos más que con los aspectos positivos de la vida del difunto.

Se evitará poner de relieve el aspecto financiero del v. 43.

2. ¿ES LA MUERTE EL FINAL DE TODO?

CUANDO EL SUFRIMIENTO ES EVIDENTE
(Job 14,1-3.10-15)

El contexto

El libro de Job fue escrito en dos momentos. Una primera redacción presenta a Job como un personaje ejemplar, que acepta con fe y resignación las desgracias que le suceden. Después vino un autor distinto, que escribió un largo diálogo entre Job y tres de sus amigos. Éstos quieren convencerle de que sus desgracias son un castigo merecido; él, por el contrario, grita su inocencia y se dirige sin miedo a su Dios, que parece no escucharlo. Este Dios terminará por responder y llamar a Job a una fe completamente desnuda.

Aquí tenemos un breve resumen de las quejas de Job; en ellas, sin embargo, aparece un destello de esperanza.

El texto

La lectura está compuesta por dos fragmentos del capítulo 14, que tienen una estructura paralela:

- vv. 1-2: debilidad del hombre.
- v. 3: ¿y Dios?
- vv. 10-12: debilidad del hombre.
- vv. 13-15: ¿y Dios?

El tema de la debilidad del hombre está presente en los vv. 1-2 bajo el aspecto de la brevedad: pocos días de vida, como una flor, como una sombra (y además llenos de zozobras, v. 1). En los vv. 10-12 se trata de la muerte: ¿qué hay después? No hay regreso. La naturaleza, aunque permanente —el agua (mar y ríos), el cielo—, podría desaparecer perfectamente; el hombre no se levantará.

El tema de Dios se presenta en el v. 3 de una forma dura: una mirada, una convocatoria que no parece tener en cuenta esta debilidad. En los vv. 13-15 parece que se vislumbra un destello con proposiciones condicionales: «Si me dejaras descansar hasta el día en que cambiaras de actitud». Queda un «pero»: ¿puede el hombre revivir? Y, sin embargo, una esperanza permanece...

Pistas de lectura

¿Es la muerte el final de todo? Éste es el centro de las preguntas de las familias en duelo. Pero aquí la respuesta es cuando menos dudosa; y si Job espera, se trata más bien de la espera de un regreso a la felicidad terrena.

* Sin embargo, este texto podrá ser adecuado en presencia de familias muy dubitativas con respecto a la suerte del difunto y que apenas acogen la fe de la Iglesia. Job podría reunir sus titubeos sin excluir una cierta esperanza. La segunda lectura de la celebración podría permitir un testimonio más explícito de la fe cristiana.

3. MANTENER LA CONFIANZA EN LA PRUEBA (Job 19,1.23-27a)

El contexto

Para la presentación de Job, *cf.* p. 8.

Este famoso pasaje, tomado, como el precedente, de los diálogos de Job con sus amigos, es uno de esos raros momentos en los que Job expresa cierta esperanza.

El texto

– vv. 23-24: Job anuncia que va a pronunciar importantes palabras, que deberán pasar a la posteridad (bronce, punzón de hierro, roca).

– vv. 25-27a: el mensaje es que su libertador vive y que él, Job, lo verá al final con sus propios ojos.

¿Quién es este «libertador»? Sin ninguna duda, es el Señor. La palabra hebrea *go'el* (traducida generalmente por «redentor, libertador») designa a un hombre que tiene la obligación de acudir en ayuda de un pariente próximo en estado de necesidad. El profeta del exilio (Is 40-55) lo aplica al Dios de Israel, que va a liberar a los judíos exiliados en Babilonia, cosa que efectivamente se produjo unos años más tarde (538). Esto implica que el Señor está cerca de los suyos y que no puede dejar de acudir en su ayuda.

Esta esperanza de Job ¿a qué tiempo se refiere: al de después de la muerte?, ¿al final de la prueba en la tierra? El texto lo deja en el misterio. ¿De qué «fin» se trata? Las últimas palabras, traducidas aquí por «no se desviará», también pueden enten-

derse como: «No será extraño», y entonces las dos últimas líneas podrían traducirse: «Lo contemplarán mis ojos, no los de un extraño».

Pistas de lectura

Aunque la solemne afirmación de este texto esté completamente aislada en el libro de Job (a continuación encontramos la oscuridad y la angustia), en él se lee una esperanza centrada en la acción de un Dios salvador. Desde una iluminación cristiana, a menudo se ha visto el anuncio de Cristo salvador.

Se puede subrayar que esta esperanza brota en medio de la angustia de un hombre aplastado.

* Esta esperanza puede ser propuesta modestamente a una familia en plena pesadumbre y sin ninguna certeza.

4. EL SENTIDO DE LA VIDA Y DE LA MUERTE (Sabiduría 2,1-4a.22-23; 3,1-9)

5. LA VIDA DEL HOMBRE ESTÁ EN MANOS DE DIOS (Sabiduría 2,23; 3,1-6.9)

El contexto

El libro de la Sabiduría fue escrito poco tiempo antes de Cristo por un judío de lengua griega que vivió probablemente en Alejandría (Egipto). Nuestros textos provienen de la primera parte del libro, que trata del destino de los hombres y, especialmente, de su suerte después de la muerte. El autor toma postura con energía contra aquellos de sus contemporáneos que negaban la existencia de un

más allá y de un juicio de los muertos en función de su conducta.

El texto

1) 2,1-5: para los impíos, la vida humana es un puro efecto del azar, que acaba en la muerte.

2) 2,6-10: de esta manera, viven en la despreocupación.

3) 2,11-20: su egoísmo acaba en la opresión del pobre y del justo, e incluso en su muerte.

4) 2,21-3,9: no han entendido el designio de Dios, que recompensa a los justos.

5) 3,10-12: los impíos serán castigados.

– 2,1-4a: expresión muy moderna de una concepción puramente terrena de la existencia humana. Hay que observar las imágenes de la inconsistencia: humo, chispa, ceniza, ligera brisa... En el origen, el azar; al final, el olvido.

– 2,22-23; 3,1-9: contraste absoluto: aquí se trata de los secretos de Dios. El hombre está hecho para vivir, es imagen de Dios. Las apariencias son: tormento, desgracia, aniquilación, castigo. Pero todo esto es ocasión de probar el valor de los justos (*cf.* el oro fundido en el crisol), y la verdadera realidad se llama: inmortalidad, paz, felicidad, realeza, amor, gracia, misericordia. Esto no tiene comparación con las pruebas atravesadas.

Pistas de lectura

– lectura nº 4 completa: se opone vigorosamente la concepción puramente humana y desengañada de la existencia a la concepción cristiana, que sabe dar un sentido a la vida y supera las pruebas, por dolorosas que sean.

– lectura nº 4 breve: se ofrece una respuesta bastante abrupta al cuadro más desarrollado de la concepción absolutamente humana del destino.

– lectura nº 5: se hace una afirmación más serena que, sin embargo, no deja de tener en cuenta las penas de la existencia.

* ¿En qué circunstancias elegir estos textos? Sin duda, no en la muerte de personas que hayan vivido en la despreocupación: en ellos se vería un insulto a su memoria. Más bien, quizá en las exequias de personas que han defendido vigorosamente los valores cristianos frente a un medio hostil o de personas que hayan vivido una conversión a los valores cristianos después de un período de increencia. Pero habrá que preocuparse por tener en cuenta la presencia de personas no creyentes en la asamblea. Se deberán presentar las afirmaciones del texto como testimonio de una esperanza, quizá paradójica, que se querría compartir.

6. «LLEGÓ A LA PERFECCIÓN EN POCO TIEMPO» (Sabiduría 4,7-15)

El contexto

Sobre el libro de la Sabiduría, *cf.* p. 10.

Continuando su reflexión sobre la muerte y el más allá, el autor considera el caso de las muertes prematuras y el impacto que pueden provocar, siempre en el marco de su convicción de que Dios abre a los justos, tras su muerte, un mundo de felicidad y paz.

El texto

– vv. 7-10b: una vida sin tacha vale tanto como una larga vejez. La calidad de una existencia no depende de su duración (tema retomado en el v. 13). Muerto joven, el justo es amado por Dios.

– vv. 10c-14b: el mundo es malvado, el contagio del mal es un gran riesgo, del que Dios protege a

quien muere joven (obsérvense las palabras: «mundo» «pecador», «mal», «mentira», «seducciones fáciles», «vértigo de la pasión», «mundo malvado»).

– vv. 14c-15: la gente no entiende que eso constituye un don de Dios.

Pistas de lectura

Este texto puede resultar difícil para utilizar con nuestra mentalidad actual. Tiene un aspecto fácil de subrayar y de gran calado ante la muerte de un joven: la muerte prematura no es un castigo de Dios, no hay que reprochársela a él. Él ama a los que mueren jóvenes; su vida, aunque demasiado corta, puede ser muy rica ante sus ojos. Convendrá subrayar lo que hubo de hermoso en la vida del joven difunto.

Más difícil de encajar es la idea de este texto precristiano de que el mundo es malo y de que, en alguna medida, es una suerte escapar muy pronto de su contagio.

* Antes de escoger este texto para la muerte de un joven, hay que leerlo entero, captar sus diferentes aspectos y ver cómo será recibido por la asamblea, siempre muy sensible en tales circunstancias.

7. DIOS ES MÁS FUERTE QUE LA MUERTE (Isaías 25,6a.7-9)

El contexto

El libro de Isaías contiene no sólo oráculos del profeta de ese nombre, que vivió en el siglo VIII antes de nuestra era, sino también un gran número de elementos más recientes, procedentes de autores anónimos. Es el caso de los capítulos 24-27, a los

que pertenece nuestro texto; son llamados «apocalipsis de Isaías» y constituyen una alternancia de visiones del futuro y de cantos de alabanza.

El texto

A pesar de su brevedad, nuestro texto conlleva dos aspectos.

– vv. 6-8: visión del futuro: la felicidad final prometida al mundo entero, a través de bellas imágenes.

– v. 9: canto de alegría y acción de gracias.

– v. 6: el Señor Dios del universo es Yahvé Sebaot, «Yahvé de los ejércitos (del cielo)», es decir, de los astros y/o de los ángeles; esta expresión, frecuente en la Biblia, evoca el poder universal del Dios de Israel; de ahí este anuncio, también él universal.

La primera imagen es la del banquete para todos los pueblos en Jerusalén, la montaña del Señor. Se omite el final del v. 6 («manjares exquisitos, vinos refinados»). La imagen del banquete sugiere la convivialidad feliz y la abundancia. La eucaristía se sitúa, por una parte, en esta línea.

– v. 7: imagen del velo o mortaja que pesa sobre los hombres y que Dios retira para hacer que accedan a la luz sin sombra.

– v. 8a: eliminada la muerte, el horizonte ya no está cerrado.

– v. 8bcd: las lágrimas enjugadas significan la humillación eliminada (cf. Apocalipsis 21,4).

– v. 9: el canto de alegría, con las repeticiones que subrayan su efecto: «Éste es nuestro Dios, de quien esperábamos la salvación; éste es el Señor, en quien confiábamos». La esperanza de la humanidad por fin se ha colmado.

Este texto expresa, con sugestivas imágenes, la felicidad que Dios prepara para toda la humanidad. Se subrayará el carácter simbólico de estas imágenes para evitar una concepción realista del paraíso. Esta felicidad se promete más allá de las angustias de la existencia. Al final del texto se insistirá más en «de quien esperábamos la salvación» que en «alegrémonos y hagamos fiesta».

* Este mensaje puede ser propuesto a familias en duelo capaces de concebir que la muerte no es la última palabra del destino.

8. A PESAR DE TODO, NO PIERDO LA CONFIANZA EN LA PRUEBA ME VUELVO HACIA DIOS (Lamentaciones 3,17-26)

El contexto

El libro de las Lamentaciones –atribuido equivocadamente a Jeremías– es un conjunto de poemas compuestos en Jerusalén por supervivientes de la catástrofe del año 587 a. C. Jerusalén ha sido tomada y quemada por los babilonios; el templo ha sido destruido, y una parte importante de la población, deportada a Babilonia. El poeta, por tanto, no se expresa en relación con un duelo familiar, sino en relación con la ruina de la Ciudad Santa. Sin embargo, algunos pasajes, como éste, pueden ser traspuestos a otras situaciones dolorosas, como la muerte de un ser querido.

El texto

– vv. 17-18: la angustia, expresada por la desaparición de todo lo que había de positivo en la vida: felicidad, seguridad, paz, esperanza (una esperanza que procedía del Señor: se había creído que él apartaría la desgracia).

– vv. 19-20: el desgraciado se critica a sí mismo: es malo, amargo, encerrarse en su miseria; acaba uno por desanimarse.

– vv. 21-23: hay que recordar, remontarse más allá de lo reciente: sigue siendo verdad que el Señor es bondad, misericordia, fidelidad, y que lo manifiesta día tras día.

– vv. 24-26: con relación a su propia angustia, el poeta se repite sus razones para esperar: Dios es mi lote: me pertenece como yo le pertenezco a él (frecuente tema bíblico; por ejemplo, Sal 16 [15]), es bueno. Por tanto, hay posibilidad de volverse a él y de esperar en silencio su ayuda.

Pistas de lectura

El último versículo, en su modestia, podrá ser entendido: esperar en silencio, sin saber demasiado, pero dejar que germine en uno mismo algo de confianza y de esperanza. Ahí puede haber un camino hacia la fe más abordable que el que proponen algunos textos demasiado afirmativos, que pueden experimentarse como irreales o chocantes.

* Este texto viene bien para la situación de familias a las que se querría ayudar a superar lo inmediato, a encontrar en el pasado (en su vida personal o en la vida del mundo) las huellas de la acción benefactora de Dios.

9. LOS MUERTOS SE DESPERTARÁN UN DÍA EN LA LUZ (Daniel 12,1b-3)

El contexto

Escrito en la época trágica de la persecución de los griegos contra los judíos (*cf.* p. 7), el libro de Daniel supone una serie de visiones «apocalípticas» relativas al futuro próximo o lejano del pueblo de Israel. Nuestro pasaje se sitúa en la última de estas visiones (Dn 10-12), hacia el final. Después de haber anunciado grandes desgracias, el ángel que se dirige al vidente habla del final de los tiempos y proclama una verdad jamás anunciada hasta ese momento en la Biblia con semejante precisión: la resurrección de los muertos.

En efecto, sabemos que, durante muchos siglos, el pueblo de la Biblia imaginaba la «morada de los muertos» (*seol*) como igual para todos en la tiniebla y el silencio, lejos de la mirada de Dios. Estos pocos versículos ocupan, pues, un lugar esencial en la historia de la fe bíblica. El segundo libro de los Macabeos, contemporáneo del libro de Daniel, atestigua la misma fe en que Dios resucitará a los muertos (*cf.* p. 7).

El texto

Las dos primeras líneas están tomadas del comienzo de la visión (10,1-2). El sufrimiento de Daniel no se debe a la muerte de un ser querido, sino a la angustia de su pueblo perseguido; la trasposición al duelo es fácil.

– v. 1: «En aquel tiempo» es una expresión bastante imprecisa, que puede referirse tanto al pasado como al futuro, como es el caso aquí. Se asegura

la salvación para el pueblo, al menos para aquellos que estén inscritos en el libro de Dios del que habla la Biblia (Éxodo 32,32-33). Moisés pide al Señor que perdone a su pueblo, que lo ha traicionado al erigir el becerro de oro; «si no –le dice–, bórrame de tu libro», y el Señor responde: «Borraré de mi libro al que haya pecado».

– v. 2: imagen de la muerte como sueño, seguido de un despertar con una selección que separa a los justos de los pecadores, consagrados a dos destinos diametralmente opuestos.

– v. 3: regreso al aspecto positivo de los sabios y maestros de justicia, con imágenes de luz: brillar, resplandecer, firmamento, estrellas. Por tanto, no se trata de individuos justos, sino de aquellos que hayan iluminado a sus hermanos. El texto no dice en lo que se convertirán los justos... corrientes.

Pistas de lectura

La imagen del juicio final sin duda es familiar para muchos. Abre el horizonte hacia una dicha eterna, especialmente para aquellos que hayan guiado a otros. Por tanto, se podrá escoger este texto para exequias de cristianos comprometidos: que su felicidad sea una luz para su entorno, marcado quizá sobre todo por el sufrimiento de la separación.

La alusión al «libro de Dios» podría llevar a la idea de predestinación («estaba escrito»), pero este libro no está escrito de una vez para siempre, pues se puede estar inscrito en él o ser borrado, dependiendo de la conducta (*cf.* el texto del Éxodo citado más arriba).

* La evocación del castigo de los réprobos llevará a no utilizar este texto en las exequias de una persona cuya conducta haya sido notoriamente deficiente.

2. Nuevo Testamento

10. DIOS HA VENIDO A SALVAR A TODOS LOS HOMBRES (Hechos de los apóstoles 10,34-43)

El contexto

Esta lectura constituye un momento clave de los Hechos de los apóstoles y, por tanto, de los comienzos de la Iglesia. Un centurión romano de Cesarea marítima, llamado Cornelio, es simpatizante de la religión judía. Ha oído hablar de Jesús y ha enviado a buscar a Pedro para saber más sobre esta Buena Noticia, el Evangelio. Según la ley judía, un judío como Pedro no debe entrar en casa de un pagano, so pena de volverse impuro. Pero, en una visión, Dios hace comprender a Pedro que los paganos como Cornelio no son personas impuras y que la Buena Noticia es también para ellas, tanto como para los judíos. Por tanto, Pedro administrará el bautismo a Cornelio y a su familia: serán los primeros no judíos bautizados. Poco después tendrá lugar una asamblea en Jerusalén (hacia el año 48) y se decidirá aceptar en la Iglesia a los paganos que se conviertan, sin que tengan que hacerse primero judíos como Jesús y los primeros cristianos.

El texto

El comienzo y el final afirman que Dios no hace diferencias entre judíos y paganos; «acoge a todos los que lo adoran y hacen lo que es justo» (v. 35); «todo aquel que cree en Jesús recibe el perdón de sus pecados» (v. 43).

En el centro, Pedro desarrolla la proclamación (en griego, el *kerygma*) que resume todo el Evan-

gelio que narra a Jesús. En primer lugar, su misión en Galilea: «Pasó haciendo el bien, curando...; Dios estaba con él» (v. 38). Después, su muerte en Jerusalén y su resurrección por Dios (vv. 39-40). Por último, sus apariciones a sus discípulos, convertidos así en testigos suyos (v. 41) y encargados por él para anunciar esta Buena Noticia que concierne a todos los hombres: Cristo es el juez de vivos y muertos (v. 42), y les ofrece el perdón (v. 43).

Pistas de lectura

El Evangelio es una buena noticia para todos, incluso para los que creen estar lejos de Dios o de la Iglesia. Tenemos tendencia a seleccionar y clasificar, pero Dios no lo hace o, más bien, lo mismo que un padre o una madre, prefiere a aquel de sus hijos que sufre o está más lejos. En la parábola de los dos hijos, el padre muestra más amor hacia el pequeño, que ha despilfarrado todo y regresa miserable, que hacia el mayor, que se ha quedado trabajando. Jesús habló del pastor que deja sus 99 ovejas para ir a buscar a la que hace el número cien, que se ha extraviado. Por otra parte, él mismo fue muy criticado por los buenos judíos religiosos porque frecuentaba a los excluidos: los publicanos, las prostitutas, los paganos; en resumen, la gente impura.

El Cristo que debe juzgar a los vivos y a los muertos es, en primer lugar, aquel que les ofrece su perdón. En nombre de Dios, que conoce nuestro corazón, nuestra conciencia, Jesús nos juzgará un día: él, que es la Verdad, hará que aparezca a la vez nuestra bondad y nuestra maldad, nuestro deseo de luz y nuestra complicidad con las tinieblas.

Pero hay que entender bien que este juicio no es como el de nuestros tribunales. El mismo Jesús lo dijo a propósito de Zaqueo: «He venido para buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19,10). Aquel que nos juzgará es, primero, el que nos ama y quiere liberarnos del mal. Es por nosotros, por cada uno de nosotros en particular, por quien él ha dado su vida, para reconciliarnos con Dios.

11. «CRISTO MURIÓ POR NOSOTROS, PRUEBA DE QUE DIOS NOS AMA» (Romanos 5,6b-11)

El contexto

Pablo escribe la carta a los Romanos entre el 55 y el 58 (bajo el imperio de Nerón), pues cuenta con dirigirse a Roma por primera vez. En esta comunidad, unos son de origen judío y otros de origen pagano y de nivel social más acomodado. En esta carta, Pablo trata la cuestión crucial para estos dos grupos: ¿qué es lo que salva: la Ley judía o la fe en Cristo? Nuestro texto procede de la parte central de la carta, allá donde Pablo afirma la igualdad de todos los cristianos, pues lo primero es la fe en Cristo y ya no la Ley judía. Pablo medita sobre la «salvación», el paso de la «muerte» a la vida; proclama el amor de Dios, que nos hace justos (v. 5).

El texto

– vv. 6b-8: Pablo ve «la prueba de que Dios nos ama» en el hecho de que Cristo murió por nosotros. Según nuestra lógica humana, ya es difícil dar la vida por alguien de bien, alguien justo (v. 7), pero Cristo dio su vida por nosotros, que éramos «culpables» (v. 6) y «pecadores» (v. 8).

– vv. 9-11: dos argumentos *a fortiori* («con mayor razón», vv. 9 y 10b) para fundamentar nuestra esperanza de salvación futura, cuando tenga lugar el juicio, sobre nuestra certeza de que Cristo murió por nosotros. Dos expresiones muestran lo que esta muerte de Cristo ha cambiado para nosotros. En primer lugar, «Cristo nos ha hecho justos»; literalmente, «nos ha justificado» (v. 9). Nosotros, los culpables, hemos sido agraciados: nos hemos convertido en inocentes. Después, somos «reconciliados» (v. 10), es decir, liberados de nuestro pasado y llamados a una relación nueva y armoniosa con Dios. El doble «ahora» (vv. 9 y 10) afirma que esta reconciliación es una gracia concedida ya a los pecadores que somos. El v. 9 menciona, sin embargo, la ira de Dios, su juicio al final de los tiempos, pero es para declarar que Cristo, presente ahora como salvador, lo será también en el momento del juicio.

Todo el texto está centrado en Cristo: en el tiempo fijado por Dios murió por los culpables, y esto fue una prueba del amor de Dios. Justificó al hombre pecador, lo reconcilió y lo salvará en su calidad de Hijo. Cristo es el centro de toda historia humana.

Pistas de lectura

Nosotros, los cristianos, podemos estar orgullosos de conocer a este Dios de Jesús y de fundamentar en él nuestra existencia. Cualquiera que sea nuestro pasado, el peso de nuestro pecado, las etapas de nuestro itinerario hacia él, nos convertimos en beneficiarios de una historia «divina» en Cristo. En este sentido, no tenemos el derecho de desesperar por el motivo que sea.

Por último, el amor de Dios no se mide por nuestra debilidad: «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único» (Jn 3,16). La cruz de Jesús selló para siempre el amor de Dios por cada

uno de nosotros, como por nuestro difunto. En Jesús, cada uno de nosotros es perdonado, reconciliado, y así es como nos presentaremos ante Dios después de nuestra muerte. A nuestro lado estará el Señor Jesús, que nos habrá conducido a la casa del Padre.

12. GRACIAS A CRISTO, EL AMOR DE DIOS NOS SALVA (Romanos 5,17-21)

El contexto

Para la carta a los Romanos, *cf.* p. 16.

Nuestro texto es la cima de una explicación de Pablo sobre la salvación de todos los hombres por Cristo. Para expresar esta universalidad de la salvación, Pablo muestra la universalidad del pecado. Lo mismo que todos somos solidarios en el pecado, igualmente somos solidarios en la salvación. Pablo nos representa a «todos» en «uno solo»: primero Adán, para el pecado; después Cristo, para la salvación. Adán no es sólo el primer pecador: nos representa a todos, pues todos revivimos su drama del jardín del Edén. Igual que él, cada uno es creado libre, pero nuestra libertad es falseada y nos alejamos de la confianza de Dios. Tenemos la experiencia del pecado; sin embargo, lo esencial no está en este pecado universal, sino en la salvación universal que Dios nos concede en Jesucristo; él es el nuevo Adán.

El texto

Supone tres etapas que subrayan la distancia entre el pecado de los hombres y la salvación en Jesucristo, el nuevo Adán.

– v. 17: si la muerte vino por Adán, la gracia ha venido por Jesucristo.

– vv. 18-19: por la desobediencia de Adán todos fueron condenados, pero por la obediencia de Jesús todos son justificados.

– v. 21: la gracia que sobreabundó ha salvado al hombre pecador, cosa que no hubiera podido hacer la Ley de Moisés.

Estas tres etapas muestran perfectamente el paso efectuado por el creyente. Después de la falta está la justificación, la gracia con profusión y el don de la justicia. El hombre es vuelto a poner en pie e introducido en la vida con Cristo, la vida eterna.

Se nos informa de que el pecado es universal y colectivo a causa de nuestra solidaridad. Entreveremos lo que la venida de Cristo ha traído a la humanidad: el don de la gracia de Dios (v. 15), el don de la justicia y de la vida (vv. 17-18), su obra de obediencia (v. 19) y la justicia para la vida eterna en él (vv. 20-21).

Pistas de lectura

Para Pablo, Cristo es lo primero, y no el pecado. Sea cual sea el pasado de cada uno, con sus pecados, es salvado por el don de la vida en Jesucristo. El único mérito del creyente, en este don gratuito de la vida, es su adhesión a Cristo, una adhesión a veces lenta en madurar.

Tenemos la dolorosa experiencia de nuestra solidaridad en el pecado; nos decimos: «Hago como todo el mundo». Las faltas de los otros nos hacen caer, de igual manera que nuestras faltas hacen caer a los demás.

Pero, por el contrario, nuestra solidaridad juega también en el bien, y podemos arrastrarnos los unos a los otros hacia la vida en Cristo. Al acom-

pañar a un difunto ante Dios, la comunidad en oración da testimonio de esta solidaridad en la gracia, más fuerte que aquella en el pecado.

13. PASAR POR LA MUERTE CON CRISTO PARA VIVIR CON ÉL

HIJOS DE DIOS PARA LA ETERNIDAD
(Romanos 6,3-9)

El contexto

Para la carta a los Romanos, *cf.* p. 16.

Pablo prolonga su reflexión comenzada en el capítulo 5: el cristiano está muerto a su condición pecadora en la muerte de Cristo, y ya está resucitado en la resurrección de Cristo. Desarrolla esta convicción remitiendo al cristiano a su bautismo. De esta manera, no se contenta con hacer del bautismo un perdón de los pecados, como predicaba Juan Bautista (Mc 1,14); liga este perdón a la cruz, sumergiendo así al creyente en la muerte y la resurrección del Señor.

El texto

Tres observaciones permiten percibir mejor el mensaje de este texto.

– La trama es el relato de la pasión de Jesús: murió, fue sepultado, resucitó. En esta trama, Pablo injerta el recorrido del creyente, el cual, por su bautismo en Cristo, muere, es sepultado y resucita.

– El creyente sigue las huellas de Cristo: ya está muerto y resucitado en él (v. 4). Sin embargo, aún no ha llegado al término en el que se encuentra Jesús: la resurrección definitiva al final de los tiempos (v. 5). Por tanto, ya está con Cristo desde su bautismo, pero aún está en camino hacia el encuentro definitivo.

– En el v. 6, la expresión «cuerpo de pecado» designa al hombre entero, cuerpo y alma, sede del pecado y lugar de existencia de la persona. Es una forma distinta de aludir al «hombre viejo» del comienzo del versículo. En el v. 7, «cuando uno muere, queda libre del pecado»: la unión con Cristo, definitivamente sellada en la muerte del hombre, es traducida mediante una regla jurídica: el que muere con Cristo es libre con respecto al pecado, es libre para Dios.

Pistas de lectura

Nuestro texto nos conduce a valorar, en la vida de un hombre, el papel del bautismo. Y a salir de la visión bastante corriente de un bautismo que no hace más que lavar del pecado.

En el bautismo, la vida cristiana encuentra su verdadero sentido: una vida con Cristo, que es mucho más que una pertenencia administrativa (ser inscrito en los registros de la Iglesia).

Al acompañar a este difunto, meditamos sobre el camino que le abrió su bautismo. Está unido al misterio de Cristo, Príncipe de la Vida. Pero no nos corresponde juzgar su camino con Cristo.

14. EN LA PRUEBA, DIOS SIGUE SIENDO NUESTRO PADRE

(Romanos 8,14-17)

El contexto

Para la carta a los Romanos, *cf.* p. 16.

Es la mención de la palabra «espíritu» (21 veces) la que da a Rom 8 cierta unidad. Se trata a la vez del Espíritu Santo y del espíritu del cristiano, ambos en

íntima relación. La vida según el Espíritu libera al hombre de la «carne», es decir, de las fuerzas de muerte y de pecado que le encadenan (vv. 3-13). Hay que hablar de la transformación llevada a cabo por el Espíritu en términos de adopción filial.

El texto

Gira en torno a una oposición fundamental: «El espíritu que hace esclavo» y «el espíritu que hace hijos adoptivos», y una afirmación: «Adoptados, somos hijos de Dios». Convertido en cristiano, el hombre, a pesar de seguir siendo débil, ha cambiado de estatuto: en adelante puede llamar a Dios «*Abbá*», padre (o mejor aún, papá). Es una palabra utilizada por el propio Jesús para expresar su intimidad y su familiaridad con Dios (Mc 14,36).

Antaño entregados al pecado, ahora somos adoptados como hijos de Dios. Esta adopción por el Padre nos lleva a compartir la filiación de Jesús: nos convertimos en sus hermanos y sus hermanas gratuitamente, sin ningún mérito. ¿Cómo podemos estar seguros de ello? Es el Espíritu de Dios el que lo atestigua en nosotros (v. 16).

Pistas de lectura

El creyente que reza a Dios puede atreverse a decir la palabra del niño, la misma palabra de Jesús: ¡*Abbá*, Padre! En Jesús, todos podemos reconocernos hijos o hijas de Dios. Con Jesús, sea cual sea nuestra pobreza, heredamos el esplendor y la vida de Dios.

El sufrimiento en Cristo remite a la contradicción que atravesó su vida, con la hostilidad que le acreó su compromiso con la Buena Nueva. Este sufrimiento atraviesa a menudo la vida de los cristianos; les une a Cristo muerto y resucitado.

* Este texto puede venir bien para un difunto que ha sufrido o que se ha comprometido.

15. LA ESPERANZA DE UN MUNDO NUEVO (Romanos 8,18-23)

El contexto

Para la carta a los Romanos, *cf.* p. 16.

Este texto hay que leerlo teniendo en cuenta los vv. 14-17 sobre la adopción filial de los creyentes (*cf.* p. 18). El creyente, porque a partir de ahora está unido a Cristo muerto y resucitado por su bautismo, ha pasado del estatuto de esclavo del pecado al de hijo adoptivo del Padre. En nuestro texto descubrimos que el pecado del hombre afecta a toda la creación. Pero ella también será asociada a la libertad de los hijos de Dios.

El texto

– vv. 19-21: la creación, tras haber sido entregada a la nada, será liberada. Lo mismo que el hombre, ahora está abatida; espera la revelación de los hijos de Dios. De hecho, estas dos liberaciones, del hombre y de la creación, están en gestación; el texto habla de espera impaciente (vv. 19 y 23) y de esperanza (v. 20), en marcha hacia la gloria.

– vv. 22-23: alcanzada por la corrupción que proviene del pecado del hombre, la creación gime con los creyentes en una espera intensa.

Pablo subraya vigorosamente la relación entre el estatuto del hombre liberado por el Espíritu y el mundo que le rodea. Menciona el tema de la «nueva creación», anunciada por el profeta (Is 65,17) y desarrollada en el Nuevo Testamento (Ap 21,1.5;

2 Pe 3,13; 2 Cor 5,17; Gál 6,15). Ni el cuerpo ni el mundo, criaturas de Dios, son malos en sí mismos, como pensaban algunos filósofos griegos, pero, vueltos frágiles por el pecado, les hace falta recibir la renovación del Espíritu (Ez 37; Rom 8,23).

Pistas de lectura

El hombre no es un átomo perdido en el universo. Este universo es, para los creyentes, la creación, la obra de Dios; él ha confiado su administración al hombre, al que ha creado a su imagen. La creación es el lugar en el que se desarrolla la historia de la salvación, donde Dios ofrece a cada uno la liberación en Jesucristo.

Hay un tiempo de espera, de esperanza, para todo ser, la criatura y el hombre que están en gestación hacia Dios. Para el difunto, este tiempo ha acabado. Aparece ante Dios con todo lo que ha sido, con todo lo que ha creado, con todas las relaciones que ha establecido aquí abajo.

* El texto viene bien para un difunto que ha vivido como una persona libre y responsable, como verdadero hijo de Dios.

16. «¿QUIÉN PODRÁ SEPARARNOS DEL AMOR DE CRISTO?» (Romanos 8,31b-35.37-39)

El contexto

Para la carta a los Romanos, *cf.* p. 16.

Pablo acaba de proclamar el gran designio de Dios: hacer de su Hijo amado «el primogénito de una multitud de hermanos» (v. 29). Todo su plan de amor dirige a la humanidad hacia su propia vida divina: ya le ha dado su gloria anticipadamente. Esta glo-

ria es la coronación de una serie de actos de salvación: discernimiento, predestinación, llamada, justificación por Dios, amor para él y colaboración con él por parte de los creyentes (v. 28). Para cantar la alegría de los creyentes por saberse amados por Dios, Pablo entona un himno: la certeza del amor de Dios tranquiliza a los cristianos en medio de sus debilidades y de sus sufrimientos.

El texto

– vv. 31-37: el himno se desarrolla de forma lírica en una sucesión de cuatro preguntas «¿quién...?», y la respuesta es, primero, «Dios» y, después, «Cristo». Es Dios Padre el que nos ha dado a su propio Hijo (v. 32) y el que nos ha justificado (v. 33); es Cristo quien ha muerto y resucitado, y el que intercede por nosotros (v. 34). Ninguna desgracia, ningún sufrimiento, podrá separarnos de su amor (v. 35).

– vv. 38-39: una nueva unidad retoma la lista de angustias y amenazas del v. 35 y las extiende a los enemigos sobrehumanos, para concluir: no, ningún mal puede ser más fuerte que el amor de Dios por nosotros.

Este himno evoca también una especie de proceso. Estamos sometidos a dificultades por tres adversarios: la duda de la fe (vv. 31-34), las amenazas humanas (v. 35) y los poderes sobrehumanos (vv. 38-39) (hoy, estas fuerzas del mal tienen nombre: sed de poder, dinero, injusticia). Pero no tenemos nada que temer: Cristo es a la vez nuestro abogado y la garantía de nuestra salvación.

Pistas de lectura

Nadie puede dudar del amor de Dios hacia él mismo o hacia cualquiera. Lo mismo ocurre con nuestro difunto, sea cual fuere el camino terreno

que ha recorrido. Dios sólo juzga sobre la lucha en la que esta persona ha estado comprometida, y en la cual Dios mismo era parte interesada.

Nadie debería estar excluido del proyecto de amor de Dios en Jesucristo. Demasiado a menudo, somos nosotros mismos los que nos ponemos en lugar de Dios para juzgar a los demás, vivos o muertos, para condenar, en lugar de confiarlos al amor de Dios, en lugar de rezar por ellos.

Cada uno de nosotros tiene la experiencia del mal; cada uno de nosotros debe pedir al Padre: líbranos del mal. Pero nosotros, cristianos, estamos seguros de que Jesús ha vencido nuestro mal y de que su amor es más fuerte que cualquier cosa. En cada uno de nosotros, el Padre sabe reconocer la imagen deformada y manchada, pero imagen real de su Hijo amado.

17. LA VIDA Y LA MUERTE DE UN HOMBRE

MIRAMOS LA VIDA Y LA MUERTE DE CRISTO
(Romanos 14,7-9.10b-12)

El contexto

Para la carta a los Romanos, *cf.* p. 16.

Después de la parte doctrinal de la carta (capítulos 1-11), Pablo aborda ahora los problemas prácticos y concretos de la comunidad cristiana de Roma (capítulos 12-15). En el capítulo 14 da recomendaciones para la coexistencia de cristianos de dos clases: los de origen judío, que continúan respetando las prohibiciones alimentarias judías, y los de origen pagano, que ignoran estas reglas y comen de todo. Estos últimos se creen más fuertes y con frecuencia desprecian a los otros, a los que tratan

de «débiles». El peligro de exclusión mutua («juzgar») es grande y puede ser mortal para la comunidad. Más allá de reglas alimentarias, es todo el comportamiento de los cristianos en el mundo el que se cuestiona aquí. En el v. 6, Pablo ha repetido su gran principio: se haga lo que se haga, hay que «hacerlo para el Señor».

El texto

– vv. 7-9: una oposición fundamental: vivir/morir para sí mismo o para el Señor. Esta última opción es la única válida, porque «somos del Señor» (v. 8). La pertenencia de cada uno al Señor se convierte así en el criterio de la verdad, más allá de las costumbres y las diferencias de sensibilidades personales.

– vv. 10b-12: no podemos juzgar a nuestros hermanos; sólo el Señor Jesús puede hacerlo. Es a él a quien cada uno deberá dar cuentas de su conciencia: el «débil» dará cuentas de sus escrúpulos, y el «fuerte», de su libertad. Por tanto, es la mirada de Cristo sobre la vida de cada uno la que es la referencia, y no lo que podemos pensar los unos de los otros.

– La afirmación fuerte de este texto es, finalmente, la de la pertenencia a Dios y a Cristo. Las fórmulas empleadas dan testimonio de ello: «Nadie vive para sí mismo y nadie muere para sí mismo» (v. 7), «vivimos y morimos para el Señor», «pertenecemos al Señor» (v. 8). Pablo recomienda, por tanto, un comportamiento mutuo tolerante y acogedor, porque todos seremos juzgados.

Pistas de lectura

¿Qué mirada dirigimos sobre la vida de nuestro difunto que acaba de terminar? Es tan fácil equivocarse... Y Dios ¿cómo ve esta vida? Él ve el bien y

el mal con amor, porque conoce la fragilidad de cada uno, sabe de las heridas profundas y de las imposibles elecciones. A la hora de su muerte, nuestro difunto descubre su verdad ante Dios, porque ahora comprende la inmensidad del amor de Cristo por él.

En nuestras comunidades somos muy diferentes los unos de los otros; tenemos nuestras fuerzas y nuestras debilidades. Si somos lúcidos y sinceros, sabremos perfectamente que no podemos compararnos ni juzgarnos. Nuestro único juicio es el Señor Jesús: él, que primero es nuestro salvador.

* Este texto puede venir bien para una persona cuya vida ha sido juzgada y criticada.

18. CREEMOS EN CRISTO MUERTO Y RESUCITADO (1 Corintios 15,1-5.11)

El contexto

Pablo permaneció en Corinto entre los años 50 y 52. En este puerto extraordinariamente particular había más de 300.000 esclavos estibadores para tirar de las pequeñas embarcaciones y de las cargas más importantes por una calzada de cinco kilómetros que unía el mar Adriático con el Egeo. En esta población miserable y de mala nota, Pablo fundó una comunidad cristiana muy viva. Hacia el año 55 responde a las preguntas de los corintios, especialmente a propósito la resurrección de los muertos (todo el capítulo 15 de la primera carta). Los corintios, recientemente convertidos, se preguntan si es posible la resurrección de los muertos. Y, en cualquier caso, ¿qué cambia eso para los cristianos que ya están muertos?

El texto

Pablo comienza recordando lo que enseñó claramente a los corintios al anunciarles el Evangelio. Desde la mañana de Pascua, ahí está el centro de toda la fe cristiana. El propio Pablo recibió este anuncio cuando se hizo cristiano en la comunidad de Damasco. Esta proclamación (o *kerygma*) se expresa en dos pequeñas estrofas de tres líneas (vv. 3b-5):

– Dos afirmaciones principales: «Cristo murió (...) resucitó». La muerte de Cristo es un hecho histórico, pasado (muy probablemente, el 7 de abril del año 30). Pero su resurrección, aunque es también un hecho histórico, no es una evidencia común: no está afirmada más que por aquellos que creen en él. Por otro lado, no se reduce a un acontecimiento del pasado; permanece para siempre, puesto que «Cristo ya no muere más» (Rom 6,9).

– Estos dos acontecimientos sucedieron «conforme a las Escrituras». La muerte del Mesías es un escándalo para los judíos, pero pueden encontrar su sentido en lo que anunciaron los profetas. Por ejemplo, leyendo el oráculo de Isaías 53,10-12 sobre la muerte del Siervo: Jesús es este inocente que da su vida «por los pecadores». El increíble anuncio de su resurrección se encuentra también en otros profetas, como Oseas (6,2: el tercer día) o Daniel (12,3).

– Por último, estas dos afirmaciones están apoyadas por dos testimonios: Cristo verdaderamente murió, puesto que fue enterrado; verdaderamente resucitó, puesto que se mostró vivo primero a Pedro y después a los Doce. En el texto completo, Pablo enumera otros testigos de las apariciones del Resucitado, especialmente «más de quinientos hermanos a la vez, la mayor parte de los cuales aún vive». Finalmente cita su propio testimonio: en el camino de Damasco, su propia vida fue trastornada por la experiencia interior de Cristo vivo (*cf.* Gál 1,13-17).

Pistas de lectura

Ante la muerte de nuestros allegados, nuestra fe en Cristo vivo, como la de los corintios, es frágil. Descansa en el testimonio de aquellos que afirman haberlo visto vivo después de su muerte. Somos quizá como Tomás: «Si no lo veo (...) no lo creeré»; no olvidemos la respuesta que le da Jesús: «¿Crees porque me has visto? Dichosos los que creen sin haber visto» (Juan 20,25 y 29). Cuando vivimos momentos difíciles, tiempos de dudas, debemos saber escuchar el testimonio de los que creen.

19. LA RESURRECCIÓN DE CRISTO ANUNCIA LA NUESTRA (1 Corintios 15,12.16-20)

El contexto

Para la presentación de la carta y del capítulo 15, *cf.* p. 22.

Algunos corintios pensaban que es imposible que revivan los muertos. Pablo les responde. Quizá imaginamos que primero va a probar que los muertos pueden resucitar y que después afirmará que eso es lo que le ha sucedido a Jesús. Sin embargo, Pablo hace exactamente lo contrario: afirma que los corintios se equivocan si piensan que los muertos no pueden resucitar, porque, para los cristianos, Cristo ya ha resucitado.

El texto

El gran argumento de Pablo es la fe común a todos los cristianos: «Proclamamos que Cristo ha resucitado» (v. 12), y concluirá con el mismo razonamiento (v. 20). La fe de los cristianos en Cristo

resucitado, vivo con la misma vida de Dios, es el fundamento y el centro de sus convicciones y de toda la vida cristiana. Recordemos: la objeción de los corintios procedía del hecho de que algunos de los suyos habían muerto ya; por tanto, para ellos, la fe en la resurrección de Cristo no había cambiado nada. Pablo les invita a la esperanza, porque la fe cristiana supera los límites de nuestra vida terrena. Dice a los cristianos en duelo: «No estéis abatidos como los otros (paganos), que no tienen esperanza» (1 Tes 4,14; *cf.* p. 30).

Pablo retoma la objeción de los corintios –los muertos no pueden resucitar– y muestra sus consecuencias: si Cristo no ha resucitado, vuestra fe está vacía, es inútil. En primer lugar, «no habéis sido liberados de vuestros pecados»; el Resucitado no puede daros su Espíritu Santo para transformaros, liberaros del mal. En segundo lugar, los cristianos ya muertos «se han perdido»: Dios no puede hacerlos entrar en su vida, con su Hijo. En resumen, si Cristo no supera «esta única vida», si todo acaba en el Calvario y en el sepulcro, entonces «somos los más dignos de lástima». ¿Por qué más que los otros? Porque habíamos esperado una liberación, la vida más allá de la muerte, pero no hay nada.

Pero no, replica Pablo: toda la experiencia cristiana, desde esta vida, prueba lo contrario: «Cristo ha resucitado», porque vivimos de él y por él, porque su Espíritu nos empuja a vivir como hijos de Dios. Y, sobre todo, Cristo es «entre los muertos el primer resucitado». El texto griego dice que Cristo constituye «las primicias», los primeros y mejores frutos de la cosecha.

Pistas de lectura

La resurrección de Cristo anuncia la nuestra. Lo que Dios ha hecho por su Hijo único quiere hacer-

lo por cada uno de nosotros: hacernos entrar en su vida, más allá de la muerte. Cristo no sólo ha franqueado la muralla de la muerte, que nos encierra a todos, sino que ha abierto una brecha, y por esta brecha podrán pasar todos los que le siguen para entrar en la vida de Dios. Como él ya está resucitado, porque ya ha puesto en nosotros una energía nueva para creer, esperar y amar, ahora nos arrastra a seguirlo junto al Padre. Todo lo que vivimos, todo lo que hemos vivido con él, eso no puede morir. Nuestra vida eterna ya ha comenzado.

* Texto utilizable para una asamblea de creyentes muy desgarrados por el duelo.

20. TODOS VOLVEREMOS A VIVIR EN CRISTO

CRISTO NOS LLEVA A TODOS
A LA VIDA ETERNA

(1 Corintios 15,19-24a.25-28)

El contexto

Para la presentación de la carta y del capítulo 15, *cf.* p. 22.

Esta lectura retoma el final de la lectura precedente con el último argumento de Pablo: «Somos los más dignos de lástima de todos los hombres» (v. 19), y la afirmación pascual que inicia una nueva sección: «Pero no. Cristo ha resucitado...» (v. 20; *cf.* p. 23). Después de haber mostrado que las objeciones de los corintios no conducen a nada (vv. 12-19), Pablo explica nuestra fe. Afirma claramente que Cristo es «entre los muertos el primer resucitado»;

literalmente, «las primicias»: la primera y mejor parte de la cosecha.

El texto

Pablo muestra lo que Cristo ha cambiado en toda la historia de la humanidad (vv. 21-23). Desde Adán, todos están destinados a la muerte, signo de la separación de Dios, que es fuente de vida, señal de la muerte espiritual. Pero Cristo es el nuevo Adán: con él comienza una humanidad que está reconciliada con Dios; la muerte física ya no es más que un paso hacia la vida de Dios.

– Pablo menciona después la venida de Cristo, que nos llevará a la vida de Dios: «Cuando venga» (literalmente, «en el momento de su parusía») (v. 23). Una «parusía» era la venida solemne de un soberano a una de las grandes ciudades de su reino. Era la ocasión de grandes fiestas, de distribución de dinero y recompensas e incluso de gracias, de liberación de condenados.

– Pablo continúa con la imagen del triunfo: cuando Cristo haya vencido a todos sus enemigos, incluido el último: la muerte. En los vv. 25 y 27, Pablo cita Sal 8,7: «Sometiste todo bajo sus pies», que hablaba del lugar del hombre en la creación, pero que la tradición judía aplicaba sobre todo al Mesías, rey de la creación. Por supuesto, el Cristo-Mesías triunfante sigue siendo el Hijo, y su triunfo termina con el del Padre, a quien «someterá su poder real» (vv. 24 y 28). Sumisión filial que no tiene nada de forzada, sino que, por el contrario, es libre y confiada. El único deseo, el único fin del Hijo, es: «Padre, que venga tu Reino, hágase tu voluntad»; a partir de ahora se cumplirá.

Cuando Cristo triunfe, habrá logrado transformar el corazón de todos los seres humanos y ha-

cerles conocer el amor del Padre. Será la conclusión del inmenso designio de Dios sobre la humanidad, la culminación de toda la creación: el Hijo único se convertirá en «el primogénito de una multitud de hermanos» (Rom 8,29) y «Dios será todo en todas las cosas».

Pistas de lectura

Nuestra esperanza en la venida de Cristo: creemos que volverá al término de la historia, como cantamos: «Esperamos tu venida gloriosa». Porque creemos que la historia de la humanidad y de todo el universo conduce hacia un fin, hacia el mundo nuevo en el que Dios estará con nosotros para siempre. Jesús nos dice que las crisis y los sufrimientos que atraviesa cada generación son como los dolores de la mujer que está de parto. La muerte de nuestro amigo forma parte de esos dolores; por medio de su partida puede entrar en ese mundo nuevo, que comienza hoy para él.

* Para un cristiano comprometido, «militante»: sus esfuerzos lo han asociado a la victoria de Cristo.

21. «¿DÓNDE ESTÁ, MUERTE, TU VICTORIA? (1 Corintios 15,51-54.57)

El contexto

Para la presentación de la carta y del capítulo 15, *cf.* p. 22.

El pasaje que se presenta aquí sigue al versículo 50, necesario para la comprensión: «Os digo con esto, hermanos, que la carne y la sangre no pueden poseer el Reino de Dios, ni lo que es corruptible he-

redará lo incorruptible». Pablo recuerda que el Reino de Dios no es del todo nuestro mundo actual. En lenguaje bíblico, «carne y sangre» expresan nuestra fragilidad humana, todos nuestros límites físicos y morales y, sobre todo, nuestra condición mortal. Por tanto, para entrar en la vida de Dios, con Cristo resucitado, es preciso ser transformados.

El texto

Esta transformación tendrá lugar «el último día», cuando venga el Señor Jesús. Pablo espera esta venida para muy pronto (algunos cristianos ya han muerto, pero él espera formar parte de aquellos que aún estén con vida en ese momento: «No todos moriremos»). Para hablar de esta venida, retoma el lenguaje y las imágenes de los apocalipsis judíos (léase, por ejemplo, 1 Tes 4,15-17). «Cuando suene la señal» (literalmente, «Al sonido de la trompeta final»): la imagen procede de la trompa que Israel había escuchado sonar durante la teofanía, la manifestación de Dios en la montaña del Sinaí (Éxodo 19,16-19). Cuando Dios reúna a su pueblo el último día, se escuchará la misma trompa (*cf.* Mt 24,31).

La transformación hará que desaparezca en nosotros todo lo que es «corruptible, mortal», es decir, todo lo que ha sido marcado por el pecado. Por el contrario, todo lo que ha estado abierto a su presencia se convertirá en inmortal. «La muerte ha sido vencida» por la victoria es una cita de Is 25,8 en griego (tomada de la lectura presentada en p. 12). Pablo continúa con una especie de grito de triunfo sobre el «último enemigo» (*cf.* v. 26): «¿Dónde está, muerte, tu victoria?» (cita de Oseas 13,14), pero este v. 55 ha sido omitido en nuestra lectura. Por último, Pablo termina invitando a sus lectores a la acción de gracias (v. 57), con la tercera mención de la palabra «victoria»; es el término clave para expresar

los efectos de la resurrección de Cristo en nuestra vida: «Dios nos da la victoria», y no más tarde, en el último día, sino desde ahora. Todos los días el cristiano puede tener la experiencia de la vida en el Espíritu Santo dado por el Resucitado.

Pistas de lectura

Todos seremos transformados. Si debemos ser transformados, es que en nosotros el bien y el mal están mezclados inextricablemente. El juicio del Señor será para cada uno como una gran clasificación: eliminará de nuestra vida todo lo que esté ligado al mal (sufrido o hecho a los demás) y se separará de nosotros, para guardarlo, todo lo que hemos vivido de bien, todo lo que nos ha hecho avanzar hacia él. En efecto, todo lo que se parece a su amor no puede morir: «Puesto que amamos a nuestros hermanos, sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida» (1 Juan 3,14). Al pensar en toda la vida de nuestro difunto, en lo que hemos conocido de él, pedimos el perdón para sus pecados y damos gracias por lo que es incorruptible y lo que agrada a Dios, nuestro Padre.

22. VINCULARSE A LO QUE PERMANECE (2 Corintios 4,14–5,1)

El contexto

En su segunda carta a los Corintios, Pablo habla mucho de él, pues su autoridad de apóstol ha sido discutida por algunos fieles que dividían a la comunidad. Tuvo que enviar a Tito para apaciguar el conflicto. Éste vuelve ahora con buenas noticias: la tormenta ha pasado, y Pablo puede hablar de nuevo con confianza a los corintios, a los que está muy vin-

culado. En los capítulos 4-5 habla de su experiencia del ministerio, centrada en la pasión y la resurrección de Cristo: «Por todas partes vamos llevando en el cuerpo la muerte de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo» (4,10). Pablo llama a su comunidad a mirar con perspectiva sus pruebas desde el punto de vista del Señor.

El texto

La certeza de la presencia del Resucitado es la que sostiene y dinamiza su esperanza: «Sabemos...» (4,14 y 5,1). Puesto que el Padre ha resucitado a su Hijo Jesús, es él también el que resucitará a todos los fieles. «Lo que nos sucede es por vosotros»; nosotros (Pablo y sus colaboradores), que hemos atravesado una dura prueba, y vosotros (los corintios), que habéis sabido superar las divisiones y volver a encontrar el camino de la unidad. La comunidad crece de nuevo y da gracias a Dios por ello (v. 15).

Pablo no se desanima, pues tiene la experiencia cotidiana del Espíritu Santo, que le da fuerza y confianza en Dios. Sabe bien que «momentáneas y ligeras son las tribulaciones», poca cosa en relación con la «gloria eterna» que Dios prepara a los suyos (v. 17). Aquí Pablo juega con el sentido etimológico del término «gloria», que en hebreo (*kabod*) procede de un verbo que significa «ser pesado, importante». En las Escrituras, los sabios y los profetas le han enseñado que la obra de Dios sigue oculta en los corazones en tanto que su Reino no se haya manifestado. El «hombre exterior» es aquel que vive para sí mismo, mientras que el «hombre interior» es el que trata de vivir con Dios y sus hermanos. Sólo el segundo tiene futuro: su deseo de vivir verdaderamente será colmado junto a Dios. En 5,1, Pablo opone la «morada terrena», que es

nuestro cuerpo, a la «morada eterna», obra de Dios, en la que viviremos resucitados. En el texto griego, Pablo compara nuestro cuerpo actual con una «tienda», un abrigo provisional, en espera de nuestra verdadera casa, definitiva, junto a Dios.

Pistas de lectura

Nuestros muertos están vivos de otra manera. Nuestro cuerpo –como todo lo que ha nacido– está llamado a morir, pero nuestra vida no se limita al cuerpo: estamos hechos para compartir la vida de Dios, desde ahora y más allá de nuestra muerte. Actualmente no podemos comunicarnos entre nosotros más que con nuestros cuerpos, nuestros sentidos, nuestra palabra, y la muerte viene a romper esa comunicación: nos impone una dolorosa separación con aquellos que amamos. Sin embargo, todas las relaciones que tejemos a lo largo de nuestra vida –relaciones de respeto, de confianza, de amistad y de afecto–, todo eso no puede morir ni desaparecer: mediante todas esas relaciones participamos ya en el amor de Dios, que es la vida.

* Puesto que trata del «hombre interior», este texto viene bien para un difunto que haya dado testimonio de una gran vida interior y haya estado disponible para los demás.

23. EN CAMINO HACIA NUESTRA VERDADERA MORADA (2 Corintios 5,1.6-10)

El contexto

Esta lectura es continuación de la precedente; cf. la introducción a esta carta y el comentario de 5,1 (arriba). Pablo vive de tal manera con Cristo que siente su vida presente como provisional: nuestro

cuerpo es como una «tienda» en espera de la casa definitiva. Desde que Cristo se le manifestó en el camino de Damasco, Pablo desea estar con él para siempre. Toda su vida está en tensión hacia ese encuentro definitivo (cf. Flp 3,10-14). Ahora es tiempo de pruebas, pero junto al Señor será la gloria. Ahora, nuestra vida está marcada por el pecado y sus consecuencias, pero junto al Señor seremos transformados. Pablo habla a los corintios de la gran esperanza que le anima y le da confianza (vv. 6.8).

El texto

– vv. 6.8.9: Pablo opone tres veces los dos verbos: «habitar» y «estar en exilio»; en griego, se trata del mismo verbo, pero con dos preposiciones opuestas: «en» y «fuera de». La verdadera morada de Pablo es estar junto al Señor, mientras que ahora, durante su vida en la tierra, está como exiliado, lejos de él. Preferiría «estar exiliado lejos de este cuerpo», lejos de esta vida terrena, para poder «habitar con el Señor». Sin embargo, desde ahora puede vivir lo esencial, su relación con él, pues «nos esforzamos por serle gratos» (v. 9).

– v. 10: Pablo anuncia el juicio de cada uno por Cristo al término de su vida terrena. Este juicio no será nada más que un «comparecer ante él»; su luz revelará lo que ya está ahí, en la oscuridad. Cada uno recibirá entonces «lo que haya merecido, sea para bien o para mal». Es la gran revelación del Dios de Israel a través de los sabios y los profetas: el Dios vivo juzgará un día el corazón de cada uno, porque no soporta el mal que destruye y quiere libramos de él definitivamente. El anuncio de este juicio de Dios no debe atemorizarnos, porque es una buena noticia para todos los que desean la presencia de Dios, para todos los que esperan la victoria del amor sobre la muerte. Al menos si he-

mos tratado de vivir de acuerdo con nuestra conciencia. Sólo la mirada amorosa de Dios sobre cada uno de nosotros hará que aparezca todo lo que hay de turbio en nuestra propia mirada.

Pistas de lectura

Cristo nos juzgará. Nuestra vida está marcada por todos los sufrimientos padecidos y que nos han deformado. Muy a menudo hemos sido víctimas de la injusticia, de la dureza, de la violencia, antes de convertirnos a veces en cómplices de ellas. Pero nuestra fe en Cristo nos hace esperar el encuentro con él como una liberación del mal que habita en nosotros: a la vez, el que hemos sufrido y el que hacemos a los demás. Cristo, que ha dado su vida por nosotros, nos juzgará; su juicio será la victoria de su perdón sobre nuestros miedos y nuestras cobardías. Destruirá nuestro mal para volver a encontrar en nosotros la imagen y la semejanza de Dios de las que somos portadores.

* Este texto conviene particularmente para un difunto que se ha preparado para la muerte.

**23^{BIS}. DIOS NOS HA ELEGIDO EN CRISTO
PARA SER SANTOS**
(Efesios 1,3-5)

El contexto

La carta a los Efesios, redactada por un discípulo de Pablo, muestra una evolución en la comunidad cristiana y sobre todo en la teología: aparecen palabras y temas nuevos, prueba de que la enseñanza de Pablo (en los años 50-60) continúa dando nuevos frutos en los años 70-80. La

carta comienza con una gran oración de bendición (1,3-12), formada por tres partes. La primera (vv. 3-6) concierne a la obra del Padre, que ha elegido y adoptado a los creyentes; la segunda (vv. 7-12) menciona la obra del Hijo amado, que los ha rescatado y perdonado, y la tercera (vv. 13-14) recuerda el don del Espíritu hecho desde ahora a los creyentes. Nuestra lectura corresponde a la primera parte (salvo el v. 6). A lo largo de la bendición, Cristo está presente (11 veces): es él quien ha realizado toda la obra de la salvación que procede del Padre. Cada parte termina volviéndose al Padre, con la fórmula «alabanza a su gloria» (vv. 6.12.14).

El texto

– v. 3: «Bendito sea Dios...»: los creyentes bendicen a Dios, pero esto no es más que como reacción, pues la primera bendición procede de él: en efecto, es Dios quien bendice a los hombres al darles la vida, la fecundidad, la felicidad. Ellos no hacen más que reconocer esos dones gratuitos que les procura, y su alabanza responde a este amor primero. Aquí el don de Dios es llamado la «bendición espiritual», pues la verdadera felicidad, la verdadera paz, proceden del Espíritu de Dios, que nos ha sido dado «en Jesucristo» resucitado.

– v. 4: «Nos ha elegido...»: el verbo se aplica a menudo a Israel (p. ej. Dt 7,6-8), que es siempre el pueblo elegido, pero aquí se trata –junto a Israel– del pueblo cristiano. Esta elección de Dios se remonta a «antes de la creación del mundo»; significa que el designio de Dios engloba a todo el cosmos para apuntar a los seres humanos, con los que él quiere vivir en alianza. El Padre quiere hacer que crezca la humanidad «en el amor», para que viva esta relación de comunión con él que la Biblia llama santidad.

– v. 5: «Nos destinó de antemano a ser sus hijos». Éste es el gran deseo del Padre: adoptar a cada persona como hijo o hija suyo, como el «Hijo amado» (v. 6). Ésta es la finalidad de toda la creación: hacer que entremos en esta comunión de amor del Padre y del Hijo. El verbo «nos destinó de antemano» se traducía antes como «nos predestinó», pero demasiado a menudo se olvidaba que Dios sólo nos puede predestinar a la salvación y nunca a la condenación (*cf.* Rom 8,29-30).

Pistas de lectura

Todos somos hijos de Dios. Por eso, al comienzo de esta celebración hemos recordado que nuestro amigo difunto se ha convertido en hijo o hija de Dios por su bautismo. Hemos encendido estas velas en torno a su cuerpo, que ha sido consagrado por el Espíritu de Dios. En su momento haremos también la aspersion, que recuerda el agua de su bautismo. Jesús nos ha dado a conocer el rostro del Dios Padre porque ha vivido como hermano, mirando a cada uno como a un hermano. Hemos recibido esta buena noticia de la fe cristiana y la hemos tomado más o menos en serio, en el secreto de nuestro corazón.

24. LA PROMESA DE LA RESURRECCIÓN NOS DA VALOR (Filipenses 3,20–4,1)

El contexto

Filipos, colonia romana del norte de Grecia, fue la primera ciudad de Europa en ser evangelizada: Pablo llegó a ella en los años 49-50. Lucas, en los

Hechos de los apóstoles, nos da una idea de esta movida estancia: léanse los relatos de Hch 16,11-40. Seis o siete años más tarde, mientras Pablo está en prisión (probablemente en Éfeso), escribe a los filipenses para darles noticias suyas, agradecerles sus dones y alentarlos; lo hace con un afecto muy caluroso. Esta carta está traspasada por una alegría y un dinamismo sorprendentes, sobre todo por parte de un hombre encarcelado. Nuestra lectura es el final del conjunto del capítulo 3, donde Pablo resume su vida desde su encuentro con Cristo en el camino de Damasco (3,4-16); después alienta a los filipenses a seguir su ejemplo: «Fijaos en quienes me han tomado como norma de conducta» (3,1.7-4,1). Les advierte especialmente contra aquellos que quieren desviarlos de la imitación de Cristo inventando una religión demasiado humana, fácil y sin la cruz (vv. 18-19). Este texto es uno de los más fuertes en los que Pablo habla de su conversión y de su apasionada unión con Cristo resucitado.

El texto

– v. 20: «Somos ciudadanos del cielo». En el Imperio romano, los que tenían el título de ciudadanos romanos se beneficiaban de privilegios y garantías jurídicas. Pablo, que es ciudadano romano (Hch 22,25-29), prefiere llamarse ciudadano del cielo, para dar razón de su relación privilegiada con Dios. Su vida terrena no durará más que cierto tiempo, pero pertenece ya al mundo de Dios, al mundo nuevo inaugurado por Cristo resucitado. Por eso espera su venida gloriosa como salvador.

– v. 21: «Transformará nuestros míseros cuerpos». Pablo está a punto de sufrir las miserables condiciones de las prisiones de la antigüedad, pero interiormente es libre. Su estado de salud no debe

de ser muy bueno, porque habla de su «miserable cuerpo», pero esto no le impide estar ya en tensión hacia la vida nueva, hacia el «cuerpo glorioso» de Cristo, que le transfigurará. El «poder» de Cristo es la plenitud del Espíritu de Dios, que puede crear todo y recrearlo.

Pistas de lectura

«Manteneos firmes en el Señor» (4,1). La última palabra de Pablo es de ánimo para sus queridos amigos de Filipos. Lo mismo que él, también ellos conocen dificultades: les desea el ánimo de permanecer fieles a Cristo muerto y resucitado. Ante la muerte de nuestros allegados, nuestra fe también es puesta a prueba. Nuestra fuerza es la presencia de Cristo vivo, que acude en ayuda de nuestra frágil fe. Igual que para Pablo, esta presencia de Cristo se expresa también a través de los afectos y las amistades que vivimos y que nos rodean: «Mis queridos hermanos, a quienes tanto deseo volver a ver... amados míos».

* Ese texto viene bien para familias que viven el duelo en paz.

25. DIOS NOS LLEVARÁ CON ÉL

GRACIAS A CRISTO, LA MUERTE
NO ES EL FINAL DE TODO

(1 Tesalonicenses 4,13-14.17d-18)

El contexto

La carta de Pablo a los cristianos de Tesalónica (norte de Grecia) es el texto cristiano conocido más antiguo: data del año 51. Pablo había fundado esta

comunidad uno o dos años antes. Se constata que, menos de veinte años después de la muerte y la resurrección de Jesús, la Buena Nueva que anuncia Pablo ya está construida sobre la fe en el Resucitado y la espera de su gloriosa venida. El entusiasmo que despierta toda esta carta está muy ligado, en efecto, a la espera de la próxima venida del Señor Jesús. Pero el texto está aquí incompleto: en los vv. 15-17, omitidos en nuestra lectura, Pablo explica cómo los cristianos ya muertos y los que vivan –de los que él piensa formar parte– serán reunidos por el Señor «en los aires»: el Resucitado descenderá del cielo para buscar a todos sus fieles y llevarlos con él junto a Dios. Este lenguaje espacial, que procede de los apocalipsis judíos, puede sorprendernos, pero concluye con unas palabras fundamentales: «De este modo estaremos siempre con el Señor».

El texto

La lectura no encierra más que esta afirmación, que no es imaginaria: Dios llevará a los cristianos «que están dormidos», es decir, que están muertos, «con su Hijo (...) estaremos siempre con el Señor». Aunque las imágenes del tema judío del final de los tiempos ya no nos digan nada, puesto que suponen una representación del universo en tres ámbitos –los muertos, bajo tierra; los vivos, sobre la tierra, y Dios, en el cielo–, Pablo proclama la buena nueva típicamente cristiana: la relación de todos los fieles, vivos o ya muertos, con el Señor Jesús. La muerte ya no separa de Dios, porque Cristo la ha conocido y ya ha resucitado. Ha roto el poder de la muerte y liberado a todos los difuntos.

Por eso a los cristianos de Oriente les gusta representar a Cristo en los infiernos, en el mundo de los muertos. En estos iconos se le ve resplan-

deciente, pisoteando las puertas de las que ha roto todas las cerraduras. Toma de la mano a Adán y a Eva para levantarlos, hacerlos salir y llevarlos con él junto al Padre.

Pistas de lectura

A causa de este anuncio, los cristianos no pueden estar ya «tristes, como los otros que no tienen esperanza». Para los paganos, el anuncio del Evangelio ha traído el primer rayo de esperanza: no, los seres humanos no mueren como los animales; Dios les ha dado la vida para hacer de ellos hermanos y hermanas de Jesús y para hacer que compartan el amor del Hijo único. La esperanza cristiana se ofrece a cada uno; por eso los creyentes pueden reconfortarse unos a otros, porque comparten esta buena nueva procedente de Cristo.

26. «VIVIREMOS CON CRISTO» (2 Timoteo 2,8-13)

El contexto

La segunda carta a Timoteo se presenta como la última carta de Pablo. Está en prisión, probablemente en Roma, esperando su proceso. Presiente que será condenado y que, por tanto, deberá dar testimonio de Cristo hasta la muerte: «Yo ya estoy a punto de ser derramado en libación, y el momento de mi partida es inminente. He combatido el buen combate (...) he guardado la fe. Sólo me queda recibir la corona de salvación» (4,6-8). Pablo escribe su testamento espiritual a Timoteo, su «hijo querido» (1,2); da al joven responsable de la Igle-

sia de Éfeso numerosos consejos para ejercer su cargo. Es probable que esta carta fuera reutilizada tras la muerte de Pablo, aumentada con algunas nuevas enseñanzas, para que sirviera a otros responsables de comunidades frente a situaciones nuevas.

El texto

– v. 8: la profesión de fe proclama de entrada la resurrección de Jesús: es verdaderamente el núcleo de la fe cristiana. La fórmula añade que Jesús es Cristo, es decir, Mesías, descendiente de David, lo que los cristianos debían afirmar ante los judíos (cf. Rom 1,2-4).

– vv. 9-10: el testimonio de Pablo: el Evangelio siempre es para él una proclamación verbal; todavía no existen los cuatro evangelios escritos. Pablo sufre por estar encadenado con malhechores, pero sabe perfectamente que no hay prisión para la Palabra de Dios: es una fuerza sobrehumana que puede atravesar todos los muros y tocar todos los corazones. Acepta sus sufrimientos por sus iglesias. Igual que comparte la pasión de Jesús, sabe que su prisión es un camino hacia la gloria eterna.

– vv. 11-13: el himno, introducido solemnemente, está compuesto por cuatro pequeñas estrofas. Las dos primeras (vv. 11-12a) son paralelas. Su mejor comentario es la explicación de Pablo sobre el bautismo dada en Rom 6,4-11. El bautismo cristiano es inmersión en la muerte con Cristo y una resurrección con él. Hay que fijarse en los verbos: «morir con» («ser crucificado con»), «vivir con», «reinar con». La tercera estrofa es diferente: recuerda la exigencia de fidelidad hacia Jesús (cf. Lucas 12,8-9), pero esto es inmediatamente completado por la última estrofa. A causa del paralelismo con la tercera, se esperarían algo como: «Si somos infieles, también él

nos será infiel». Pero esto es imposible, y el paralelismo se quiebra, porque el Amor «no puede negarse a sí mismo». Incluso nuestra infidelidad no puede impedir a Cristo ser fiel a nosotros y amarnos hasta el final.

Pistas de lectura

Este himno afirma dos buenas noticias. Por una parte, nuestra esperanza de la vida con Cristo resucitado: las pruebas y la muerte atravesadas nos relacionan con su cruz y nos hacen unirnos a él. Entonces somos arrastrados con él en su vida nueva junto al Padre. Por otra parte, la certeza de que Cristo permanece siempre fiel y de que su amor supera ampliamente nuestras capacidades de hacer el mal. En el mismo sentido, la primera carta de Juan dice también: «Si nuestro corazón nos acusa, Dios es más grande que nuestro corazón» (3,20; cf. p. 34).

27. «UNA ESPERANZA VIVA» (1 Pedro 1,3-8)

El contexto

Esta carta, puesta bajo la autoridad del apóstol Pedro, fue escrita en Roma, en los años 80-90, para cristianos que vivían en la actual Turquía. Estos cristianos se han convertido en «extranjeros» (1,1) en su propia patria en razón de su fe en Cristo: les hace vivir de una manera nueva, que puede parecer «extraña» a sus conciudadanos. Están expuestos a toda clase de pruebas, de hostilidades, de vejaciones, por el mero hecho de ser cristianos (4,16). Las palabras «sufrir» y «sufrimiento» no

aparecen menos de 16 veces en esta pequeña carta. Pero este sufrimiento de los cristianos, «sin auténtica residencia» en su tierra, puede ser compensado con la conciencia de haberse convertido, mediante la unión con Cristo, en una «construcción espiritual» (2,5), una «casa de Dios» (4,17), una «fraternidad» mundial (5,9).

El texto

Es la bendición inicial de la carta y se desarrolla en tres momentos:

- vv. 3-5: sobre la esperanza viva.
- vv. 6-7: sobre la paradójica bienaventuranza de la prueba.
- vv. 8-9: sobre el amor y la fe en Cristo.

Pistas de lectura

El primer momento nos proyecta «hacia» la esperanza viva que nos abre la «resurrección de Jesucristo de entre los muertos». Esta tensión hacia el futuro está subrayada por la cuádruple preposición «hacia» (3,4a y 4b.5). Por el bautismo somos impulsados «hacia una esperanza viva», «hacia una herencia incorruptible», «hacia una salvación dispuesta a revelarse». Esta esperanza es el Reino, la Vida y la salvación eterna.

Si, por nuestro nacimiento, hemos nacido para la muerte, por nuestro renacimiento en nuestro bautismo hemos «renacido» para la vida que es «incorruptible, incontaminada e inmarchitable». Verdaderamente, hay por qué bendecir al «Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo».

Pero resulta que, aunque el tiempo de la glorificación está por venir, ya se anuncia, de forma paradójica, en la alegría actual de los cristianos, que

superan las «diversas pruebas» de la vida presente. Y aunque las «pasen moradas», a causa de su fe en Jesús, no es un sufrimiento perdido: es un acrisolamiento, una purificación de su fe.

Es también una «participación», una comunión con los sufrimientos de Cristo (4,13). Las pruebas no contradicen la alegría: atestiguan una comunión. Es la paradoja de la alegría cristiana: se regocija sobre todo en la comunión con la persona de Cristo, aunque sea en las pruebas. También de forma paradójica, lo sorprendente de los cristianos es amar a Cristo sin «haberlo visto» y creer en él «sin verlo aún».

La comunión con Cristo es alegría, incluso en el sufrimiento y las pruebas.

El amor y la fe en Cristo son alegría, incluso en lo invisible y la noche de la fe.

* Este texto viene bien para un difunto animado por una gran esperanza.

28. CÓMO NOS AMA DIOS

(1 Juan 3,1-2)

El contexto

La tradición atribuye esta carta al apóstol Juan, pero más probablemente tiene que ver con un discípulo que escribe a finales del siglo I. Exhorta a los miembros de su comunidad a no dejarse arrastrar por disidentes que enseñan una falsa doctrina sobre Jesús y desprecian completamente el mandamiento del amor, que sin embargo es el centro del Evangelio. Como estos oponentes hacen una lectura falseada del evangelio de Juan, el autor de

la carta quiere restablecer dos puntos esenciales: por una parte, Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; por otra, es imposible separar al hombre y a Dios, que es amor, desde que éste se ha manifestado en su Hijo, verdadero hombre y verdadero Dios. Todo hombre está llamado a vivir de este amor; así, él permanece en Dios y Dios en él. Esta comunión con Dios no concierne solamente al presente, sino también al futuro, que encontrará su pleno desarrollo con la venida de Jesús al final de los tiempos.

El texto

– v. 1: los creyentes son llamados «hijos de Dios»; no se trata de una fórmula, sino de una realidad. Es el resultado del amor de Dios: «A cuantos la recibieron [a la Palabra], a todos aquellos que creen en su nombre les dio poder para ser hijos de Dios. Éstos son los que no nacen por vía de generación humana, ni porque el hombre lo desee, sino que nacen de Dios» (Jn 1,12-13). El «mundo» en san Juan representa la humanidad caída bajo el dominio del espíritu del Mal; como el mundo ignora a Dios, no puede adivinar que los creyentes son sus hijos. Para conocer a Dios, el mundo primero tendría que reconocer a su enviado, Jesús, Palabra de Dios encarnada (Jn 1,10). «A Dios nadie lo vio jamás; el Hijo único, que es Dios y que está en el seno del Padre, nos lo ha dado a conocer» (Jn 1,18).

– v. 2: la identidad de los hijos de Dios, oculta pero muy real, está hecha para ser revelada y extenderse con la llegada del Hijo de Dios. Este despliegue, esta transfiguración, serán el fruto del encuentro con Cristo. Más allá de la muerte, la visión inmediata del Resucitado nos volverá semejantes a él, en plena comunión con el Padre.

Pistas de lectura

Esta lectura pone de relieve la identidad del bautizado como hijo de Dios. Esta identidad justifica el respeto con el que rodeamos el cuerpo de nuestros difuntos (incienso, aspersion con agua bendita). Pero la lectura anuncia la esperanza cristiana de una transfiguración total del bautizado en el momento de su encuentro con Jesús resucitado. Desde ese momento, la resurrección no aparece como una vuelta atrás, una reanimación, sino más bien como un desarrollo en Dios de todo aquello que no eran más que primicias en nuestra vida.

* Para un difunto que haya tenido la experiencia de la vida como hijo de Dios.

29. EL AMOR NOS HACE PASAR DE LA MUERTE A LA VIDA (1 Juan 3,14.16-20)

El contexto

Para la presentación de la primera carta de Juan, cf. p. 33.

La primera parte de la carta está centrada en el tema de la luz: Dios es luz; los cristianos están llamados a caminar en la luz, en un mundo donde reinan las tinieblas. En Jesús se ha revelado nuestra verdadera identidad de hijos de Dios, identidad que se manifestará en plenitud en el momento de su venida al final de los tiempos. La segunda parte, de donde se toma nuestro texto, invita a los cristianos a vivir como hijos del Dios del amor.

El texto

– v. 14: puesto que Dios es amor, amar a los hermanos es volverse hacia la vida. Por el contra-

rio, el que no ama permanece en las tinieblas y se aparta de la fuente de la vida; permanece en la muerte.

– v. 16: lo que proporciona esta certeza es el ejemplo de Jesús. Dio su vida por amor y este don le hizo pasar de la muerte a la vida, como lo atestigua su resurrección. El hombre que sigue las huellas de Jesús dando su vida por sus hermanos está seguro de pasar por la brecha abierta por Jesús en el muro de la muerte; por Jesucristo y en él, aquel que ama a sus hermanos entra en plena comunión con el amor de Dios revelado por el Hijo.

– vv. 17-18: contrariamente a la actitud de algunos miembros de la comunidad, a los que apunta la carta de Juan, la relación con el Dios amor no puede quedarse en el nivel de las palabras. Sólo el amor que se traduce en actos concretos conduce a permanecer en Dios.

– vv. 19-20: a los cristianos demasiado ansiosos o escrupulosos que siempre se juzgan indignos del amor de Dios, la carta les aporta un mensaje de esperanza: uno mismo no se conoce más que imperfectamente; en cambio, Dios conoce al hombre íntegramente. Sabe medir la realidad del amor fraterno vivido por cada uno a pesar de sus imperfecciones.

Pistas de lectura

Este texto puede proporcionar esperanza a familias frecuentemente alejadas de la Iglesia, que descubrirán cómo el amor fraterno es, gracias a Jesús muerto y resucitado, camino hacia Dios y hacia la vida eterna.

* Esta lectura puede utilizarse preferentemente para una persona reconocida por su entorno como particularmente generosa, servicial y caritativa.

30. «DIOS ES AMOR»

EL MENSAJE DE SAN JUAN

(1 Juan 4,7-10)

El contexto

Para la presentación de la primera carta de Juan, *cf.* p. 33.

Este texto está en el centro de la segunda parte de la carta, que llama a los cristianos a vivir como hijos del Dios del amor. El autor apunta a algunos miembros de su comunidad, quizá los más ricos, que consideraban que la fe concierne solamente a la vida espiritual, pero no tiene ninguna incidencia en la vida concreta y las relaciones sociales.

El texto

– vv. 7-8: en la base de todo el razonamiento se encuentra esta afirmación fundamental: «Dios es amor». Vivir como hijos del Dios del amor no puede consistir solamente en declararse como tales. Esto supone vivir efectiva y concretamente el amor que ha sido puesto en nosotros por Dios. Este amor vivido es el que manifiesta nuestro ser de hijos de Dios. No amar es desconocer a Dios, porque Dios es amor.

– vv. 9-10: tenemos este conocimiento del Dios amor no porque hayamos tomado la iniciativa de amar a Dios, sino porque Dios ha tenido la iniciativa de enviar a su Hijo único al mundo. Es Jesús, el Hijo, el que nos ha revelado el verdadero rostro de Dios: el Dios del amor. Al dar su vida por amor, el Hijo nos ha abierto las puertas de la vida reconciliándonos con Dios al ofrecerse como víctima por nuestros pecados. Por tanto, viviendo plenamente

el amor fraterno es como tenemos la seguridad de comulgar ya con la vida de Dios.

Pistas de lectura

Este fragmento de la primera carta de Juan se elegirá preferentemente para un difunto al que sus allegados y sus conocidos describen como particularmente servicial y fraterno. Pero la homilía debería subrayar la originalidad del mensaje cristiano, que no es solamente el elogio de las relaciones fraternas. En efecto, el autor de la carta pone de relieve el origen del amor, que es Dios, y su revelación, que ha sido hecha en Jesús. El amor al prójimo abre a la vida eterna porque brota del amor redentor de Jesús.

La última línea es particularmente importante, a pesar de su aspecto algo enigmático: «Su Hijo, que es la víctima ofrecida por nuestros pecados». No es extraño ver a cristianos que, al final de sus vidas, pierden la confianza en Dios y no ven en su vida más que lo negativo. Entonces es importante recordar a sus allegados que Dios conoce todas las cosas y sabe reconocer el amor manifestado en la vida del difunto, a pesar de sus debilidades.

30^{BIS}. DIOS REÚNE A SUS HIJOS
(Apocalipsis 7,9-10.15-17)

El contexto

«Yo no he escrito el Apocalipsis para meteros miedo»: este título de un comentario nos pone en la pista para entender correctamente el Apocalipsis. Este último libro de la Biblia invita a la Iglesia a convertirse, para reconocer la venida de Cristo en su historia. Este texto nació en los años 89-96, para

reaccionar a la decisión del emperador Domiciano de hacerse adorar como Dios. El autor interpela a las comunidades cristianas para que no se dejen seducir por esta religión oficial de moda, sino que permanezcan fieles a Cristo resucitado.

El Apocalipsis está formado por cuatro septenarios o series de siete: hay siete cartas, siete sellos, siete trompetas y siete copas. Nuestro texto pertenece a la serie de los siete sellos que hay que abrir. La apertura de los cuatro primeros sellos presenta toda la historia marcada por las catástrofes: la guerra, el hambre y la muerte, pero también iluminada por Cristo resucitado, por su victoria sobre las fuerzas del mal y de la muerte (6,2). Como en un «fundido encadenado», esta victoria es descrita en el capítulo 7 en dos visiones: la de los 144.000 siervos de Dios (vv. 2-8) y la de la multitud inmensa de los resucitados, nuestra lectura (vv. 9-17). Los salvados son, por tanto, una multitud innumerable.

El texto

– vv. 9-10: la segunda visión presenta a la muchedumbre de los elegidos y su liturgia: primero la aclamación de los elegidos, después la de los ángeles (vv. 11-12). Todos están «de pie», en actitud de resucitados, revestidos con las «vestiduras blancas» de su bautismo y con «palmas en sus manos», símbolos de su victoria. Reproducen en el cielo la entrada de Jesús en Jerusalén, cuando «una muchedumbre inmensa», con «palmas en las manos», aclama a Jesús con el grito triunfal del «Hosanna» («¡Sálvanos!»).

– vv. 13-15a: ¿quiénes son estos elegidos? Es el pueblo que Dios quiere reunir de toda la tierra, más allá del espacio y el tiempo.

– vv. 15b-17: las promesas de un futuro inaudito para los bautizados que han sabido dar testimonio

de su fe en Cristo sin dejarse seducir por la idolatría del mundo.

Pistas de lectura

¿Cómo Dios no iba a aceptar compartir su vida con los que se han convertido en su pueblo por el bautismo y el testimonio de su fe? Para ellos se abre un futuro inaudito: Dios ha hecho que se le acerquen para que estén en su presencia, allá donde cesan todo dolor y toda pena. El Cordero de Dios, Cristo, se ha convertido en su Pastor y los conduce a las fuentes de aguas vivas, allá donde «Dios enjugará toda lágrima de sus ojos».

* Este texto viene bien para cualquiera que, a lo largo de su vida, haya luchado siguiendo al Cordero contra una u otra de las fuerzas del mal. Vivirá en la presencia de Dios.

31. «DICHOSOS LOS MUERTOS
QUE DUERMEN EN EL SEÑOR»
(Apocalipsis 14,13)

El contexto

Para la presentación del Apocalipsis, *cf.* p. 35.

Nuestro texto se sitúa después del septenario de las trompetas que anuncian el tiempo del juicio de Dios. Intervendrá para poner fin a los poderes del mal que agitan este mundo. Estos poderes están simbolizados por las dos bestias del capítulo 13, que representan una el poder imperial que se tiene por Dios y la otra todo lo que es inhumano y monstruoso en nuestra sociedad. Pero el Cordero ha salido vencedor del combate contra estas fuerzas de muerte, pues Cristo ha resucitado. Esta vic-

toría, celebrada ya «en el cielo» (12,1-12), es narrada de nuevo en las tres visiones del capítulo 14:

- el Cordero y los salvados (vv. 1-5).
- los tres ángeles portadores de una buena noticia (vv. 6-13).
- el Hijo del hombre (vv. 14-20).

La visión de los tres ángeles (vv. 6-12) exhortaba a la perseverancia de los santos, «aquellos que observan los mandamientos de Dios y la fe en Jesús» (v. 12). Esto es lo que se decide en todo este texto: elegir entre Dios o la Bestia, Dios o el ídolo, el Creador o el Seductor. A cada uno le toca tomar su decisión.

El texto

Consiste en una simple bienaventuranza: «Dichosos desde ahora los muertos que duermen en el Señor». La muerte espera a los creyentes y a los bautizados como a cualquiera. Pero «morir en el Señor» es una bienaventuranza, atestigua el Espíritu de Dios. Y un poco más allá: «Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero» (19,9).

Estas dos bienaventuranzas pertenecen a la serie de siete que jalonan toda esta revelación de felicidad que es el Apocalipsis: dichosos los lectores de este libro (1,3 y 22,7); dichosos los que velan a Cristo (16,15); dichosos los resucitados, que «serán sacerdotes de Dios y de Cristo» (20,6); dichosos los bautizados, que gustarán del «árbol de la vida» (22,14).

Sí, «que descansen de sus penas, pues sus actos les siguen». Sed fieles y valerosos, dice nuestro texto, pues vuestra vida se abre a la eternidad y al descanso de Dios.

Pistas de lectura

El cristiano que ha «trabajado» toda su vida por hacer que retroceda el mal y por dar testimonio de

Jesús puede entrar en el descanso de Dios, a imagen del propio Dios, que «trabajó» en su creación y descansó el día séptimo.

Pero ¿de qué obras puede descansar el cristiano? Están descritas con precisión en las cartas a las siete iglesias: «Conozco —dice Cristo— tus obras»: son «esfuerzo y entereza» en la fe (2,2); «tribulación y pobreza» (2,9); «amor, fe, sentido del servicio y perseverancia» (2,19).

Cualquiera que se haya comprometido siguiendo a Cristo por «trabajar» en el amor, la fe y el servicio entrará para siempre en el descanso de Dios.

32. CUANDO SE ABRA EL GRAN LIBRO DE LA VIDA (Apocalipsis 20,11–21,1)

El contexto

Para la presentación del Apocalipsis, *cf.* p. 35.

El septenario de las copas ha mencionado la destrucción progresiva pero total del mal, gracias a la victoria final de Cristo, que supondrá la recreación del universo. Tres imágenes estructuran el final del Apocalipsis: a la caída de Babilonia (capítulos 17-18) se opone la nueva Jerusalén (capítulos 21-22), instaurada gracias a la victoria del Cordero (capítulos 19-20).

Nuestro texto se sitúa tras la visión de la victoria de Cristo sobre las fuerzas del mal (19,11-21) y tras la visión de los «mil años con Cristo» y la derrota del Diablo (20,1-10). Este milenario, que separa la resurrección de Jesús de su venida en gloria, es el tiempo de los cristianos. Por su bautismo viven ya una vida resucitada que es más fuerte que la muerte física.

El texto

La evocación del juicio final está compuesta por tres visiones:

- 20,11-13: el final de la tierra y el cielo.
- 20,14-15: la muerte de la muerte y el juicio general.
- 21,1: el cielo nuevo y la tierra nueva.

Es Dios, en Jesús resucitado, el que viene a juzgar a la humanidad y a renovar la creación. «En su presencia, el cielo y la tierra se desvanecieron» (20,11) para dejar lugar a un «cielo nuevo y una tierra nueva» (21,1). Es todo el universo el que cambia de rostro mediante una verdadera y total recreación. También este universo, ligado a la muerte y el pecado, tiene necesidad de ser completamente transfigurado, recreado, para convertirse, igual que la humanidad, en una realidad nueva donde la muerte, simbolizada por el mar, habrá desaparecido totalmente: «El mar ya no existía».

Pistas de lectura

Lo mismo que el hombre pasa de la muerte a la vida, también el universo tiene necesidad de pasar de la muerte a la vida para convertirse en un mundo «muy bueno», como lo ha querido el Creador. Ya no habrá ni caos, ni seísmo, ni muerte. A esta recreación del universo, el autor une el juicio general y personal de todos los hombres sin excepción (tanto pequeños como grandes). Todos y cada uno «serán juzgados según sus obras» (20,12-13). A diferencia de la recreación del universo, que pone el acento en la salvación universal por pura gracia de Dios, en esta doble salida posible del juicio, el acento recae en la responsabilidad del hombre en esta decisión de Dios de escribir su nombre en el «libro de la vida».

Incluso aunque, por la fe, estemos convencidos de que «si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?» (Rom 8,31), no es menos cierto que tenemos que hacer corresponder lo más posible nuestros actos con esta vida que Dios nos ofrece.

Todos seremos juzgados según nuestras obras, según nuestras responsabilidades, pero todos deberemos nuestra salvación a «Aquel que nos ama» (1,5) y nos salva gratuitamente en Jesús. En cuanto a la muerte, sale para siempre del mundo de Dios: es la muerte de la muerte.

33. ¿ADÓNDE VA EL MUNDO?

VENDRÁ UN DÍA EN QUE SEREMOS REUNIDOS
(Apocalipsis 21,1-5a.6b-7)

El contexto

Para la presentación del Apocalipsis, cf. p. 35.

La gran visión final del Apocalipsis esboza la gloria de la nueva creación y el advenimiento de la nueva Jerusalén (capítulos 21-22).

El texto

Nuestro texto comienza con dos visiones: el cielo nuevo y la tierra nueva (v. 1); después, la nueva Jerusalén (v. 2) y, luego, tres palabras de Dios (vv. 3-4.5.6-7) centradas en la novedad de la creación y la novedad de la alianza, según este esquema:

v. 1: «Un cielo nuevo y una tierra *nueva*».

v. 3: «Ellos serán su pueblo; Dios mismo estará con ellos».

v. 5a: «Yo hago *nuevas* todas las cosas»,

v. 7: «Yo seré su Dios y él será mi hijo».

Pistas de lectura

La primera visión describe la renovación total del mundo, que sobre todo está significada por la desaparición del mar: «El mar ya no existía». Recordemos que el nacimiento a la libertad del pueblo de Israel fue una victoria de Dios sobre el mar Rojo (Ex 14). Recordemos también a Jesús caminando sobre el mar (Mt 14,26). A partir de ahora, la victoria es total: el mar ha desaparecido, y con él, toda clase de sufrimiento, de grito, de duelo. «Dios enjugará toda lágrima de sus ojos», lo mismo que Jesús enjugó muchas lágrimas a lo largo de su vida: «No llores más», dice Jesús a la mujer que había perdido a su hijo único (Lc 7,13); «no lloréis más», dice Jesús a los que se lamentan por la muerte de la hija de Jairo (Lc 8,52).

En contraste con la ciudad de Babilonia, que rechaza toda apertura a Dios, la nueva Jerusalén es la «morada de Dios entre los hombres» (v. 3a). Dios no será solamente el Dios de un pueblo (Israel o la Iglesia), sino el Dios de «sus pueblos», en plural (v. 3b). La palabra «iglesia» está completamente ausente de esta descripción de la Jerusalén celestial, que es mucho más vasta que la Iglesia. En esta nueva ciudad, todas las relaciones son alianzas de amor como las que unen a una esposa con su esposo.

¿Cómo no presentir ya el surgimiento de este mundo nuevo, querido por Dios e inaugurado por Cristo, cuando nosotros mismos contribuimos a hacer que retroceda el mal en todas sus formas y establecemos entre nosotros relaciones de confianza y de amistad?

EVANGELIOS

1. ¿DÓNDE SE ENCUENTRA LA VERDADERA FELICIDAD? (Mateo 5,1-12)

El contexto

El evangelio de Mateo nos presenta a Cristo como un maestro que enseña a su Iglesia (5,1-2). En este sermón de la montaña, que recuerda la enseñanza de Moisés en el Sinaí, Jesús transmite la Ley nueva; la interpreta y la cumple. Este discurso está muy unido a los relatos de los capítulos 8-9, que narran diez milagros, diez gestos de salvación. Son los signos de la venida del Reino. Las bienaventuranzas inauguran el primero de los cinco discursos del evangelio de Mateo. Sí, «los pobres, los hambrientos, los tristes», son dichosos porque, en Jesús, el Reino de Dios se ha acercado a ellos. Las fuerzas del mal y de la muerte retroceden ante la presencia de Dios (Mt 9,18-26).

El texto

El texto de Mateo está construido en torno al don del «Reino de los cielos» (inclusión de los vv. 3 y 10) y de la «justicia» (objeto de dos bienaventuranzas, cada una de las cuales concluye una serie de cuatro, en los vv. 6 y 10). Y lo mismo que el «Padre nuestro» está completamente orientado desde la relación con Dios a la relación con los otros, las bienaventuranzas nos llevan a verificar nuestra actitud con respecto a Dios y a los hermanos.

Pistas de lectura

– v. 3: la dicha es para los «pobres en el espíritu». Si sabemos abrirnos a Dios y confiamos a él, entraremos en el «Reino de los cielos», el Reino de Dios.

– v. 4: dichosos nosotros si a la agresión y a la cólera respondemos con la mansedumbre, a imagen de Cristo, «manso y humilde de corazón» (11,29).

– vv. 6.10: la felicidad es para nosotros si tenemos hambre y sed de la justicia de Dios, la que mira a cada uno como un hijo o una hija de Dios. Y más aún si sufrimos críticas y oposiciones «por la justicia»: si nos esforzamos por permanecer fieles a la voluntad de Dios.

– v. 7: somos dichosos si llegamos a perdonar como ese señor «misericordioso» que perdona la deuda al que le debe (18,27).

– v. 8: la felicidad es para los «corazones puros», para nosotros, si buscamos sin cesar ponernos en la presencia de Dios, ante su luz.

– v. 9: dichosos seremos si, más allá de la no violencia, llegamos hasta el perdón, aprendemos a amar incluso a nuestros enemigos, a imagen de Cristo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34).

Actuando así, «damos gloria a nuestro Padre celestial» (5,16): es la conclusión de las bienaventuranzas. Y nos convertimos «verdaderamente en los hijos de nuestro Padre del cielo» (5,45): es el tema de todo el discurso. ¿Quién un día no ha tra-

tado de abandonar la violencia para convertirse en manso como Cristo? ¿Quién un día no se ha acercado a un hermano que sufre para tenderle la mano como Jesús, el «misericordioso»? Entonces sí, estos «hijos del Padre» verán a Dios y para ellos será, hoy y mañana, el Reino de Dios.

2. «VENID A MÍ TODOS LOS QUE SUFRÍS» (Mateo 11,25-28)

El contexto

En los capítulos 11-12, Mateo trae a escena la cuestión de la fe y de la incredulidad. Explica por qué los hombres han rechazado el anuncio del Reino de Dios hecho por Jesús. Frente al bloque del rechazo, representado por las «ciudades de Galilea» (11,20-24) y por los «escribas y los fariseos» (12,38), Mateo presenta la fe de esos «pequeños» a quienes el Padre revela al Hijo (11,25-27), ese Hijo que toma sobre sí las cargas de todos los fatigados (11,28-30). A esta oración de Jesús se le llama el «himno del júbilo». Mateo la sitúa en la hora del fracaso, en pleno núcleo de las polémicas y el rechazo. Contra todas las apariencias, Jesús tiene la íntima convicción de que su obra no ha sido vana y por eso bendice al Padre.

El texto

La oración de Jesús comprende:

– vv. 25-26: una acción de gracias al Padre.

– v. 27: una palabra sobre las relaciones entre el Padre y el Hijo.

– vv. 28-30: una invitación a ponerse en el seguimiento de Jesús.

Su agradecimiento y su reconocimiento al Padre versan sobre la revelación de las obras de Cristo (11,2) y los «misterios del Reino de Dios» (13,11) a los pequeños y no a los sabios y a los inteligentes. El único otro empleo de la palabra «pequeños» en Mateo aparece en un texto que establece una oposición entre los discípulos de Jesús y los sumos sacerdotes y los escribas, que se indignan contra él (21,15-16). Está claro que estos «sabios e inteligentes» representan a las autoridades del judaísmo, que se cierran a Jesús, «cierran con llave el Reino» (23,13) y «cargan las espaldas de la gente con pesados fardos, pero ellos no quieren mover un dedo» (23,4). Los «pequeños», por el contrario, son los discípulos de Cristo, que reciben la fe como un regalo y una gracia, con total receptividad y disponibilidad.

Pistas de lectura

Esta fe se expande en conocimiento y comprensión de Cristo (13,11). Y este conocimiento no versa más que sobre una sola cosa: la incesante corriente del amor mutuo entre el Padre y el Hijo. El Hijo «manso y humilde de corazón» quiere dar esta revelación a «todos los que soportan el peso de los fardos» (11,28). Es el fardo de las observancias judías, pero también el de la dura vida de todos los pobres, los tristes, los agotados, a quienes Jesús da el Reino. A todos los pequeños que han dado un paso hacia él, Jesús les abre el gran descanso de Dios, el descanso del séptimo día de la creación, el descanso en la tierra prometida.

* Este texto viene bien para alguien modesto o que ha estado al servicio de los niños.

El contexto

Después de los discursos sobre las bienaventuranzas, sobre la misión y sobre las parábolas del Reino, he aquí el cuarto discurso de Jesús sobre la comunidad y sobre la Iglesia (Mt 18). Este discurso se compone de dos partes paralelas: una serie de palabras de Jesús (vv. 1-9 y 15-22) que acaban con una parábola (vv. 10-13 y 23-24), la cual a su vez termina con una acción del Padre que hay que imitar (vv. 14 y 35). Los cristianos tienen como regla imitar al Padre del cielo, cuya acción hace visible Jesús. Si Jesús, lo mismo que el Padre, muestra una predilección por los «pequeños» y una misericordia infinita con los pecadores, lo mismo debe ocurrir entre los discípulos de Jesús.

El texto

Nuestro pasaje, dedicado al respeto a los pequeños, está compuesto por tres partes:

- vv. 1-4: la grandeza de los pequeños.
- vv. 5-9: el escándalo de los pequeños.
- vv. 10-14: la preocupación del Padre por los pequeños.

El niño, el pequeño, proporciona el ejemplo de la verdadera grandeza del discípulo, pues simboliza la aceptación del don, la dependencia, la confianza en otro. Al principio del texto, Jesús coloca a un niño «en medio de ellos» (v. 2) y, un poco más lejos, promete: «Cuando dos o tres estén reunidos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos» (v. 20). Por tanto, Mateo identifica a Jesús con el niño. «El mayor entre vosotros sea vuestro servidor» (23,11), a la manera de Jesús, que se hace el servidor de la multitud (20,28).

Pistas de lectura

Jesús el niño, Jesús el que sirve: ésta es la grandeza a la que deben tender sus discípulos. Mateo pasa fácilmente de los niños al respeto y la protección de los «pequeños» en la Iglesia: éstos son los hermanos más débiles y más frágiles. No hay que «hacerlos caer», ni «despreciarlos», ni «perderlos». Es la voluntad del Padre que «ninguno de esos pequeños» se pierda. La voluntad del Padre, tan frecuentemente mencionada en Mateo (6,10; 7,21; 12,50), encuentra aquí un contenido explícito: la salvaguarda y la vida de todos los creyentes. «La voluntad de Aquel que me ha enviado es que no pierda a ninguno de aquellos que me ha entregado, sino que los resucite el último día» (Jn 6,39).

Porque cada uno es único a los ojos de Dios y «ni uno solo» de estos pequeños debe ser dejado de lado o apartado. Al contrario, debe ser objeto de una solicitud mayor aún, en razón de la excepcional atención y protección de la que se beneficia junto al Padre del cielo (v. 10). Estos pequeños tienen en el cielo ángeles guardianes que miran sin cesar el rostro del Padre. Los pequeños se convierten aquí abajo en los más grandes junto al Padre. Dios los acoge prioritariamente en su Reino.

* Este texto viene bien para alguien modesto o que haya sentido preocupación por los pequeños, los niños.

3. SABER ESPERAR EN LA NOCHE

(Mateo 25,1-13)

El contexto

Los capítulos 21-25 de Mateo describen la permanencia de Jesús en Jerusalén antes de su pasión.

Jesús dirige a sus discípulos un último discurso (24-25) sobre el modo en que es importante vivir el presente, en la espera del fin del mundo (24,3). «Vigilad, pues no sabéis el día en que vendrá vuestro Señor» (24,42). Cinco parábolas mostrarán cómo vivir, de manera activa y responsable, en la espera de la venida de Cristo; es presentado sucesivamente como un «ladrón», un «mayordomo», un «esposo», un «señor» y, por último, como el «Hijo del hombre».

La parábola de las diez jóvenes y el esposo es la tercera de las cinco parábolas sobre la vigilancia. Igual que las otras cuatro, versa sobre la espera prolongada del regreso del señor o del esposo y sobre las modalidades concretas de vigilancia que son la fidelidad y la prudencia.

El texto

La parábola destaca la «prudencia» de las cinco jóvenes «despiertas». Esta prudencia es ante todo una cuestión de inteligencia: ellas han previsto la posibilidad de un retraso del esposo y han tomado una reserva de aceite. La espera de la venida del esposo ya no es un tiempo vacío, incluso aunque todas las jóvenes se hayan dormido, sino un tiempo previsto, preparado, lleno. «El esposo llegó. Las que estaban preparadas entraron con él a la sala del banquete de bodas» (v. 10).

Pistas de lectura

Conviene prepararse durante toda la vida para ese gran momento del encuentro con el Señor. A lo largo de toda la vida hay que prever lo imprevisible. Cuando venga el momento del encuentro, poco importa que durmamos o no —seamos sorprendidos o no—: entraremos en la sala del banquete de bodas del Reino de Dios.

En la vida cristiana, no se trata tanto de prepararse para morir cuanto de aprender a vivir cada día como «hijos del Padre»: así estaremos siempre dispuestos para el encuentro con nuestro Dios.

4. SEREMOS JUZGADOS SOBRE EL AMOR (Mateo 25,31-46)

El contexto

Esta parábola del juicio universal cierra el último discurso de Jesús antes de su pasión. También supone la conclusión de las cuatro parábolas precedentes, que versaban sobre la vigilancia fiel e inteligente, sobre la responsabilidad activa y laboriosa de los cristianos en la espera de la venida del Hijo del hombre. En esta parábola, el Señor Jesús es presentado a la vez como un juez, un rey, un pastor, pero también como un hermano. ¿Sobre qué actitudes concretas seremos juzgados cuando comparezcamos ante él?

El texto

En primer lugar, ¿a quién se dirige este juicio? ¿Quiénes son esos «pequeños» con los que Jesús se identifica? Algunos piensan que este juicio sólo concerniría a los paganos, que serían juzgados por su actitud con respecto a los cristianos, «esos pequeños que son mis hermanos» que han podido ser perseguidos. Pero eso significa olvidar que todo el evangelio de Mateo está abierto a una perspectiva universal (24, 14 y 28, 18-19): judíos y paganos, cristianos y no cristianos, todos serán reunidos para el juicio universal.

Los «más pequeños» son las seis categorías de personas desposeídas: «los hambrientos, los sedientos, los extranjeros, los desnudos, los enfermos y los presos». El Reino de Dios se abre a todos aquellos que hayan «hecho» algo al servicio de los que sufren. Esta lista de seis categorías de personas se repite cuatro veces, lo que viene a describir 24 situaciones de universal desamparo, que pueden ser, todas, aliviadas por el «servicio» (v. 44).

Pistas de lectura

¿No se encontrará en la tierra un hombre o una mujer que un día en toda su vida no haya prestado un servicio a uno de sus hermanos en dificultad? Y cuál no será su sorpresa cuando se vea acogido por el propio Jesús, que fue también él un necesitado: supo lo que es el hambre del desierto, el rechazo como extranjero y, finalmente, la cárcel; después, la sed y la desnudez en la cruz.

Para Mateo, hay numerosos caminos que conducen al Reino del Padre, pero el servicio es el más seguro y no exige grandes acciones heroicas ni grandes impulsos místicos. Siguiendo a la Madre Teresa y a tantos otros, cualquiera puede decir: «Jesús está presente en el cuerpo quebrantado, en la vida rota de esas gentes que sufren. Mi forma de servir a Jesús es servirles a ellos».

5. LA RECOMPENSA DE LOS VERDADEROS DISCÍPULOS (Marcos 10,28-30)

El contexto

El evangelio de Marcos es el evangelio de Cristo crucificado y del discípulo servidor. La parte cen-

tral del evangelio está jalonada por los tres anuncios de la pasión (8,31; 9,31; 10,33). Cada uno de ellos es seguido por una actitud de incompreensión de los discípulos y, después, por una enseñanza de Jesús comprometiendo a sus discípulos a «renunciar a sí mismos», a convertirse en los «últimos, los servidores y los esclavos de todos». Nuestro texto termina una sección (9,31-10,31) centrada en las condiciones de entrada en el Reino de Dios o la vida eterna (cf. 10,17).

Para ilustrar estas condiciones, Marcos ha insertado tres pasajes sobre los niños (9,36-37; 9,42-48; 10,13-16). Es una manera de decir a los discípulos, que reivindican poder y dominio, que el acceso al Reino de Dios está reservado a aquellos que son «como niños», sin poder, vulnerables y dependientes de los demás (10,14). Para entrar en el Reino se requiere otra condición: el abandono de las riquezas. Tres diálogos de Jesús desarrollan esta enseñanza: con el rico, con los discípulos y con Pedro. El rico termina por declinar la llamada de Jesús para seguirle, «pues tenía muchas riquezas» (v. 22). Jesús constata que la entrada en el Reino es muy difícil para un rico, pero no imposible, «pues para Dios todo es posible» (v. 27). Es entonces cuando interviene Pedro.

El texto

– v. 28: las palabras de Pedro, todo orgulloso: «Hemos dejado todo para seguirte».

– vv. 29-30: la respuesta de Jesús: reconoce el mérito de los discípulos, «a causa de mí y del Evangelio», pero insiste sobre todo en lo que van a «recibir». Desde ahora Dios les da el céntuplo de lo que han dejado y les promete para más adelante la vida eterna.

«El céntuplo» en esta vida evoca la vida de los apóstoles. A pesar de las dificultades y las perse-

cuciones, su familia se ha ampliado a las comunidades cristianas, en las que han nacido verdaderos afectos. Cuando parten en misión se abren casas para darles hospitalidad.

Pistas de lectura

¿Qué es lo que nos pide Jesús? A causa de Cristo y del Evangelio quizá hemos podido desembarazarnos de una u otra de nuestras riquezas si entorpecen nuestra libertad espiritual, uno u otro de nuestros lazos que obstaculizan el Evangelio. Recibir la vida eterna supone optar por las múltiples elecciones de la vida con Cristo. Nos llama igual que al hombre rico: «Ven y sígueme». No hay otro camino que el que ha seguido él mismo.

Si entramos en el mismo movimiento de abandono y de muerte, de desnudez y de despojamiento que conoció Jesús, el Crucificado, heredaremos también la misma vida que a partir de ahora comparte con el Padre. «Siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza» (2 Cor 8,9).

* Esta lectura viene bien para un difunto que ha dado muestras de disponibilidad y servicio a los demás.

6. LA VÍSPERA DE SU MUERTE JESÚS SINTIÓ MIEDO CUANDO JESÚS ACEPTA LA CRUZ (Marcos 14,32-36)

El contexto

Todo el evangelio de Marcos tiende hacia la pasión de Jesús: sus adversarios la preparan desde el principio (3,6), la muerte de Juan Bautista la prefigura (6,17-29) y el propio Jesús la anuncia tres veces en su camino a Jerusalén. Su nombre sigue siendo

«Jesús de Nazaret, el crucificado» (16,6). Esta dramatización narrativa de la pasión de Jesús, propia de Marcos, está acentuada aún más en nuestro relato sobre Getsemaní por el tema del abandono y de la huida general de todos los discípulos de Cristo, incluido ese joven que, alcanzado, «huye desnudo» (14,52). El conjunto del relato está organizado en torno a tres idas y venidas de Jesús entre la oración apartada y sus tres discípulos, pero nuestra lectura se detiene después de la primera oración.

El texto

- v. 32: llegada a Getsemaní, alejamiento de los discípulos.
- vv. 33-34: proximidad de Pedro, Santiago y Juan.
- vv. 35-36: la oración de Jesús a su Padre: ¡*Abbá!*

Pistas de lectura

Las escenas de la transfiguración y de Getsemaní se corresponden. En ellas encontramos a los mismos tres discípulos: Pedro, Santiago y Juan. Ambas incluyen el mismo raro verbo, «sentir pavor» (9,6 y 14,33). Pero, sobre todo, oponen a un Jesús transfigurado, «resplandeciente» (9,2-3), y otro invadido por el temor y la angustia, ante la muerte (14,33). Jesús, el Hijo del Padre, tiene la experiencia de la tristeza, de la soledad y del abandono: mendiga la presencia de sus amigos.

Jesús conoce una última prueba, que supone una última tentación: puesto que ha cumplido su misión hasta el final, ¿por qué morir así? Sin embargo, reza: «Que no se haga como yo quiero, sino como quieres tú». Su oración está a partir de ahora abierta. Jesús ha vencido la tentación. Ha renunciado a servirse del poder de Dios para salvarse. Nunca está Jesús más cerca de nosotros que cuando también nosotros experimentamos el miedo y la

angustia, cuando somos reducidos a la impotencia, cuando nuestros rostros son desfigurados por el sufrimiento, el mal y la muerte.

El escritor judío Elie Wiesel cuenta que, en un campo de exterminio en Alemania, ante un niño colgado por las SS, se oyó una voz entre los prisioneros: «¿Dónde está Dios?» Él respondió: «Está ahí, en ese niño mártir».

* Esta lectura puede venir bien para familias que se rebelan contra la muerte.

7. JESÚS MURIÓ Y VIVE

(Marcos 15,33-34ac.37-39; 16,1-6)

El contexto

El recorte del final del relato de la pasión, por las necesidades de la liturgia, puede desorientar al lector. Este relato vincula la muerte de Jesús en el Gólgota, el viernes (15,21-39), con el anuncio de la resurrección hecho a las mujeres que acuden al sepulcro el domingo por la mañana (15,40-16,8). La hora tan temida en Getsemaní ha llegado. La hora del final de los tiempos se identifica con ese momento particular de la muerte de Jesús, de la que Marcos indica las horas: la crucifixión hacia las nueve de la mañana (v. 25), las tinieblas al mediodía (v. 33) y la muerte de Jesús hacia las tres de la tarde (v. 34). Nuestro texto comienza al mediodía: después de los insultos de los que pasan, las burlas de los jefes de los sacerdotes y los improperios de los malhechores (15,29-32).

El texto

- 15,33: a mediodía, las tinieblas.
- 15,34.37: a las tres, el grito y la muerte de Jesús.

– 15,38-39: se rasga el velo del templo, confesión de fe del centurión.

– 16,1-4: después del sábado, las mujeres en el sepulcro.

– 16,5-6: palabras del joven.

La mención de las tinieblas sobre toda la tierra recuerda el «duelo por un hijo único», según expresión del profeta Amós (8,9-11). Y esta angustiosa oscuridad arranca a Jesús un grito de angustia: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (v. 34). Es la trágica pregunta con la que comienza un salmo de súplica (Sal 22 o 21). Jesús ajusticiado no comprende y espera de Dios un signo, una respuesta. Este grito del Hijo de Dios asume todos los sufrimientos de los hombres que están en la angustia y se sienten abandonados por Dios.

Pistas de lectura

Mirando al Crucificado, viendo que Jesús «había expirado así», el centurión lo reconoce como «Hijo de Dios». A partir de este momento, Dios ya no está en el templo, cuyo velo acaba de desgarrarse, sino en cualquier rostro que comparte su muerte y grita su angustia. Es la desconcertante revelación del Hijo de Dios crucificado.

Y no menos desconcertante será el anuncio de su resurrección a las mujeres por parte del joven vestido de blanco, hasta el punto de que, en san Marcos, el relato de la pasión terminará de forma abrupta y enigmática con la huida y el silencio de las tres mujeres conmovidas.

Para Marcos, las dos caras del misterio pascual –muerte y resurrección– son tan desconcertantes tanto la una como la otra. Pero existe un camino para percibir ya los signos de la resurrección: puesto que «os precede en Galilea» (16,7), volved allá

abajo, donde había anunciado la llegada del Reino de Dios. «Allí le veréis» volviendo a dar la salud y la vida, «levantando» o «despertando» a la suegra de Simón (1,31), al paralítico (2,9), al hombre con la mano atrofiada (3,3), a la hija muerta (5,41), al muchacho epiléptico (9,27) y al ciego Bartimeo (10,49). Contemplemos estos signos de resurrección en la vida de nuestros hermanos que pasan de la muerte a la vida.

8. «AHORA PUEDES DEJAR
A TU SIERVO IRSE EN PAZ»
(Lucas 2,22b.25-32)

El contexto

Es conocido el relato de la presentación de Jesús en el templo (la «Candelaria»). Esta historia en torno a un recién nacido puede parecer extraña para unos funerales; sin embargo, este relato pone en escena a dos personas de edad: Simeón, que está preparado para la muerte, y Ana, con sus 84 años. Están al final de su largo camino terreno. Su mirada descubre por fin la presencia del Señor que viene y pueden dejar que estalle su alegría. La lectura omite las palabras de Simeón que conciernen a María personalmente (vv. 33-35).

El texto

- vv. 25-28: relato sobre Simeón.
- vv. 29-32: cántico de Simeón.
- vv. 36-38: relato sobre Ana.

Es el Espíritu el que ha empujado a Simeón a ir al templo; en cuanto a Ana, es llamada profetisa. El primero «esperaba el Consuelo de Israel» (v. 25) y la segunda habla de Jesús a todos los que «es-

peraban la liberación de Jerusalén» (v. 38). Ambos están animados por el mismo espíritu profético y la misma esperanza secular del pueblo judío en la venida del Mesías.

El cántico de Simeón saluda en este frágil niño «la salvación (de Dios) para todos los pueblos, luz para alumbrar a las naciones (paganas)» (vv. 30-32). Más allá de la esperanza nacionalista de los judíos, que esperaban del Mesías el fin de la ocupación romana, Simeón canta la venida del Mesías para todos los pueblos. Al evangelista Lucas le gusta subrayar que Jesús ha venido para la salvación de todos, judíos y paganos. La Iglesia de Jesús está abierta a todos; nadie está excluido de la Buena Nueva.

Pistas de lectura

En cualquier vida, como en las de Simeón y Ana, hay esperas, a veces una gran espera. Atormentadas y dolorosas o alegres e incluso confiadas en el Señor, estas esperas jalonan el camino terreno de cada uno. También nuestro difunto ha vivido esperas semejantes. Hoy es el Señor el que las colma definitivamente. La verdad, la belleza, el amor que ha buscado, los encuentra hoy en el rostro de Cristo resucitado, en la presencia del Padre.

La dolorosa experiencia de la muerte y de la partida de un ser querido no encuentra sentido más que en estas esperas que han atravesado su vida y que concluyen hoy. Dios nos invita a mirar más allá de nuestras esperas, para iluminarlas con la esperanza cristiana, que nos remite, cada día, hacia el encuentro definitivo con el Señor, cuando nos llame a unirnos a él.

* Esta lectura viene bien para un difunto de mucha edad. También, puede convenir para funerales celebrados en tiempo de Navidad.

9. JESÚS Y EL HIJO DE LA VIUDA DE NAÍN (Lucas 7,11-17)

El contexto

La resurrección del hijo de la viuda de Naín está relatada en el marco de la predicación de Jesús en Galilea. Acompaña su buena nueva del Reino de Dios con curaciones. Por medio de todos estos relatos, Lucas pretende que reconozcamos en Jesús al Mesías, al enviado de Dios que viene a liberar a las personas del mal que les hace sufrir (5,1–9,17).

El texto

Este relato de resurrección es propio de Lucas. Vemos en él dos cortejos que se encuentran a la entrada de la pequeña ciudad de Naín: una gran comitiva fúnebre detrás de una desconsolada viuda que entierra a su único hijo (v. 12) y la muchedumbre que rodea a Jesús y sus discípulos (v. 11). Es el encuentro entre la muerte y la vida. A partir de ahí, el texto exalta a Jesús como el vencedor de la muerte, el que tiene el poder de hacer volver a la vida.

El relato del milagro es clásico y encontramos en él todas las secuencias conocidas en otros relatos del mismo tipo: la realidad de la muerte (se va a enterrar al joven: v. 12), la intervención de Jesús con palabras de ternura (vv. 13-14), el milagro (v. 15) y, por último, la reacción de la multitud, que reconoce la irrupción de Dios mediante su profeta (vv. 16-17).

El relato de Lucas recuerda vivamente un milagro del profeta Elías (1 Re 17,17-24). Para los judíos, Elías es el gran profeta que debe volver al final de los tiempos; por tanto, los lectores de Lucas pueden identificar a Jesús con este profeta del final de

los tiempos. De ahí las últimas palabras de los testigos: «Un gran profeta ha surgido entre nosotros y Dios ha visitado a su pueblo».

El verbo central de Jesús, «despiértate», es el de la resurrección de los muertos. Entendida en este sentido, esta expresión habla del poder de Jesús sobre la muerte; el joven que vuelve a la vida se convierte en una figura de Jesús resucitado. El milagro de Naín no es un mero hecho maravilloso; habla del misterio central de la fe cristiana: la resurrección de Jesús.

Pistas de lectura

Este milagro nos induce a reconocer que la muerte de cada uno se encuentra siempre con la de Jesús y su resurrección. Ningún muerto se hunde en la nada. Toda comitiva fúnebre se cruza siempre en el camino con Cristo resucitado.

En el drama de la separación y del duelo, Jesús está siempre en el centro del sufrimiento con palabras de consuelo, porque ya ha vencido a la muerte y nos llama a vivir desde ahora en la esperanza de nuestra resurrección.

Toda muerte es para el difunto la irrupción del día de Dios y el encuentro definitivo con Cristo Señor, Príncipe de la Vida.

10. ACOGER AL SEÑOR CUANDO VENGA (Lucas 12,35-38.40)

El contexto

El capítulo 12 de Lucas se dirige, según parece, a los responsables de las comunidades, pero impli-

ca a cada creyente. La primera parte discute sobre los bienes de este mundo y la necesidad de ponerse en manos de la providencia, el verdadero tesoro (vv. 1-34). Después vienen tres palabras que ilustran sobre la vigilancia: los siervos que aguardan el regreso del señor (nuestro texto: vv. 35-38), la responsabilidad del administrador (vv. 41-48) y la necesidad de solucionar sus litigios antes del juicio (vv. 49-59). Lo que resulta de este conjunto es que el Señor vendrá de manera imprevisible y pedirá cuentas a cada uno.

El texto

Tres términos constituyen el esqueleto de este texto:

– «velar», con la imagen de la cintura ceñida (es decir, los faldones de la túnica recogidos para facilitar el trabajo) y la lámpara encendida, como las vírgenes prudentes que esperan en la noche (Mt 25,1-13).

– «servir», con la imagen de la ropa de trabajo que se pone el propio señor para servir a sus empleados (v. 37).

– «estar preparado y esperar», dada la incertidumbre sobre la hora (vv. 36.38.40).

Las tres imágenes giran en torno al tema de la hora, aún desconocida, de la llegada del Hijo del hombre (v. 40). Es el objetivo de estas palabras tan gráficas. En el centro de estas palabras se encuentra la espera activa de los discípulos, administradores encargados de la buena marcha de la casa en ausencia del señor: a pesar de su ignorancia sobre la hora (v. 40a), su actitud expresa la certeza de que el Hijo del hombre vendrá.

El vocabulario bíblico permite relacionar la llamada contenida en este texto con el Hijo del hom-

bre, que es el propio Jesús. En efecto, el hecho de que el señor se ponga un mandil (como hará Jesús para lavar los pies de sus discípulos en la última cena: Jn 13,4-15) para servir a los suyos en la mesa es probablemente una alusión a la eucaristía. Pero el regreso imprevisible del señor (v. 40a) alude más bien al misterioso final de los tiempos, cuando Cristo vuelva para llevarnos con él. El hecho de que venga de noche significa que siempre nos sorprende y, también, que su venida se realiza con frecuencia en los momentos sombríos y difíciles de nuestra vida, especialmente en la proximidad de la muerte.

Pistas de lectura

La responsabilidad confiada a los siervos es la gestión del don de Dios (la vida, la fe, etc.), y no la contabilidad de los actos. El Señor nos pedirá cuentas de todo nuestro ser y no de la cantidad de lo que hayamos hecho.

Velar esperando a Cristo es velar por que nuestra vida conozca otros fines que los puramente materiales o que apunten hacia nosotros mismos. Somos servidores: nuestro servicio a Cristo se lleva a cabo sirviendo a nuestros hermanos.

Es toda una comunidad la que vela hoy y la que acompaña al difunto hacia su encuentro con el Señor.

11. «HOY ESTARÁS CONMIGO»
(Lucas 23,33-34.39-46.50.52-53)

El contexto

Nuestro texto se sitúa al final del relato de la pasión y resume toda su violencia. Lucas, coincidiendo esencialmente con Mateo y Marcos, refiere acontecimientos que son propios suyos, como el sudor de

sangre, la intervención de Herodes, el diálogo con las mujeres de Jerusalén, el diálogo con los dos ladrones y sus últimas palabras. Lucas muestra así que Jesús, que sufre el martirio de los profetas, permanece libremente fiel al Padre. Incluso en la cruz, en medio de sus sufrimientos, da testimonio del amor de Dios concediendo el perdón al buen ladrón.

El texto

Para expresar el sentido de la cruz, Lucas refiere el diálogo con el buen ladrón (vv. 40-43): muestra que la salvación es posible para todos, incluso para el que reconoce haber merecido la muerte. De tres palabras de Jesús, dos hablan del perdón.

– v. 34: la primera es una petición de perdón dirigida al Padre: responsables y culpables, los hombres son superados a menudo por su inconsciencia y el peso de su historia. «No saben lo que hacen», dice Jesús.

– v. 43: la segunda palabra de perdón responde a la oración del buen ladrón, que se opone al grito desesperado del otro ladrón. Situado en el nivel de los excluidos, Jesús acoge la conversión de un criminal.

– v. 46: la tercera palabra se dirige de nuevo al Padre. Estas palabras de Sal 31,6 son a la vez un grito de agonía y una oración de aquiescencia: Jesús se confía definitivamente al Padre. Su partida no es un fracaso: ha cumplido su misión y se abandona a aquel al que llama «Padre».

El buen ladrón ha reconocido en Jesús al Mesías y espera que inaugure su Reino. El paraíso que le abre Jesús designa ese lugar simbólico donde el tiempo y el espacio se unen definitivamente para «estar con» Jesús. Ocurra lo que ocurra en la cruz o más allá de la muerte, el hoy con Jesús es la salvación inmediata y eterna, más allá de cualquier juicio humano.

Pistas de lectura

Lo mismo que José de Arimatea, acompañamos el cuerpo de un hermano o de una hermana. En este rito de despedida concedemos a este cuerpo toda la consideración que merece, puesto que ha permitido el encuentro definitivo con el Dios de Jesucristo.

Jesús también dice a nuestro difunto: «Hoy estarás conmigo». Vive ahora en la presencia de Jesús, en la casa del Padre.

En su anonadamiento más total, Jesús atrajo hacia sí a los pecadores, los excluidos, para acogerlos en su gloria, como Juan dice en su evangelio: «Y yo, una vez que haya sido elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,32).

12. LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS (Lucas 24,13-35)

El contexto

Aunque conozca la tradición de los 40 días entre la resurrección y la ascensión (Hch 1,3), Lucas condensa los relatos de la resurrección en una jornada: el anuncio del Viviente a las mujeres (vv. 4-12), el camino de Emaús (vv. 13-35), la aparición a los Once (vv. 36-49) y la ascensión (vv. 50-53). El encuentro de Emaús está en el centro de esta jornada. Simbólicamente está situado al atardecer, al comienzo del nuevo día judío: éste es el nuevo día —cristiano— que comienza. El relato de Emaús saca a relucir los dos temas del camino y de la comida para proclamar el reconocimiento de Jesús por los suyos.

El texto

Este relato, propio de Lucas, lleva al reconocimiento de Jesús resucitado. La progresión se hace lentamente, desde el desconocido tomado por un

peregrino (v. 18) hasta el Señor reconocido por la fe y el corazón. Este reconocimiento es el fruto de una pedagogía. Jesús se hace pedagogo de las Escrituras: retoma los artículos del desesperado credo de los discípulos (vv. 19-21) y les da la vuelta (vv. 25-27). Su expresión clave es «¿no era necesario que...?» (v. 26). Abre la inteligencia de los discípulos sobre la conformidad entre las Escrituras y los acontecimientos de su propia vida (v. 27). Ésta es la teología del camino por el cual el creyente conduce su vida y tiene la experiencia de Dios —a veces la de su ausencia—. En este camino, cada creyente lee las Escrituras y descubre en él la presencia de Cristo, sobre todo cuando comparte la cena a la que invita Jesús. La cena de Emaús remite claramente a la Cena y a la institución de la eucaristía (vv. 28-32).

El testimonio que resulta de todo esto sobre el Señor resucitado es comprensible (v. 34), pero paradójico: Jesús desaparece físicamente en el momento en el que los discípulos reconocen su presencia con los ojos del corazón (v. 31). A partir de ese momento, en la vida del creyente hay ausencia física de Jesús, pero su presencia es tanto más imponente en la mesa de la Escritura y de la eucaristía compartidas. En este eminente compartir el creyente se une al Viviente y puede dar testimonio de él.

Pistas de lectura

La vida del creyente está construida, pues, sobre un paradoja: la ausencia física de Jesús y, al mismo tiempo, un vida con él definitiva, cada día, no importa dónde. Esta ausencia se convierte, en el día de Pascua, en presencia en la vida de cada creyente.

La mención del camino es central; cada uno recorre el suyo, a veces incomprensible para los demás. El cristiano sigue un camino de compartir

bíblico y eucarístico. En este sentido, la eucaristía es un sacramento de iniciación, y compartir durante la vida el misterio de Cristo muerto y resucitado conduce a Dios.

En el camino de todo cristiano, con expresiones a veces muy diferentes, está Jesús, que abre las Escrituras y comparte el pan. Cada bautizado vive este encuentro a su manera, incluso aunque en ocasiones nos parezca muy diferente de la nuestra.

* Este texto viene bien para un difunto para el que la eucaristía era muy importante.

13. «TANTO AMÓ DIOS AL MUNDO» (Juan 3,16-17)

El contexto

Estas palabras de Jesús están tomadas del primero de los grandes diálogos del evangelio de Juan: el que tiene lugar entre Nicodemo, fariseo y miembro del sanedrín, y Jesús. Para Nicodemo, el hecho de nacer de una madre judía es el que asegura la pertenencia al pueblo de Dios. Para Jesús, el hecho de ser engendrado «de lo alto» es el que hace entrar en el Reino de Dios. Este engendramiento de lo alto es el fruto del bautismo y del don del Espíritu (Jn 3,5), que hacen participar en la muerte y la resurrección de Jesús. Los vv. 16-17 inician un desarrollo (vv. 16-21) en el que, por primera vez en Juan, se proclama la teología de la encarnación redentora.

El texto

El prólogo de Juan había afirmado: «La Palabra (de Dios) se hizo carne y acampó entre nosotros» (1,14). Nuestro texto precisa el motivo de esta en-

14. ÉSTA ES LA HORA DE ENTRAR EN LA VIDA (Juan 5,24-29)

carnación: «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (3,16). La salvación manifestada en Jesucristo tiene como único motivo el amor de Dios por el «mundo», un amor gratuito y sin reservas. La palabra «mundo» designa aquí al conjunto del género humano, sumido en las tinieblas del pecado y de la muerte, que tiene necesidad de ser salvado. Dios ha entregado a su Hijo: este don no tiene que ver solamente con el momento de la muerte de Jesús, sino también con el conjunto de su vida, los signos que llevó a cabo, la revelación del Padre y su vida entregada para la salvación de los hombres.

El proyecto de Dios exige una adhesión por parte del hombre: el que cree obtiene la vida eterna. Pero esto no debe aparecer como una limitación a la voluntad de Dios de salvar a los hombres. Si ha enviado a su Hijo al mundo es para salvarlo, no para condenarlo.

Pistas de lectura

Estas palabras de Jesús: «El que no cree en él ya está condenado» (v. 18), pueden chocar. ¿Estarían excluidos de la salvación los millones de hombres y mujeres que nunca han oído hablar de Jesús? El texto de Juan se dirige a los que están en situación de elegir a favor o en contra de Jesucristo. Esto no cierra la puerta a quienes no están en esta situación por ignorancia. Para ellos, la parábola del juicio final en Mt 25,31-46 recuerda que el conocimiento de Jesús no es necesario: sólo el amor al prójimo es el criterio absoluto que hace optar, incluso sin saberlo, por Jesús (cf. p. 43). Es lo que afirma igualmente la primera carta de Juan: «Puesto que amamos a nuestros hermanos sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida» (1 Jn 3,14-15).

El contexto

Jesús acaba de curar a un paralítico en el estanque de Betesda. Como Jesús ha realizado esta curación en sábado, los judíos le reprochan haber llevado a cabo un «trabajo» en ese día consagrado al descanso, e incluso haber dado al paralítico curado la orden de cargar con su camilla, lo que igualmente estaba prohibido ese día. Jesús se justifica mostrando que trabaja lo mismo que hace su Padre: Dios terminó la obra de la creación el séptimo día, pero no deja de trabajar para conducir el mundo. Cuando Jesús realiza una obra de salvación para un paralítico, hace la obra de su Padre. El gran discurso que sigue explicita la relación entre el Padre y el Hijo: «Lo que hace el Padre, eso hace también el Hijo» (5,19). Escuchar o no la palabra del Hijo significa pronunciarse a favor o en contra del Padre.

El texto

– v. 24: resume lo que precede: puesto que Jesús es el enviado del Padre, escuchar su palabra es acceder a la vida eterna y entrar en comunión con Dios. Sin duda, la muerte natural continúa castigando hasta el final de los tiempos, pero, en la fe, el creyente ya ha pasado de la muerte a la vida, porque ha nacido a la vida de Dios.

– vv. 25-27: prolongan este anuncio a las generaciones futuras: los muertos que escuchen la voz del Hijo de Dios son todos los hombres a los que la luz de Dios no haya encontrado aún despiertos. Al escuchar la palabra del Hijo, tendrán la vida, porque

el Padre ha concedido al Hijo tener la vida en sí. Entonces aparece otra imagen: la del juez de los tiempos finales. En efecto, a partir de ese momento es la escucha activa de la palabra de Jesús o su rechazo lo que manifiesta la unión con Dios o su rechazo.

– vv. 28-29: retoman las imágenes tradicionales de la resurrección desde el libro de Daniel: todos los seres humanos están llamados a la resurrección antes de su juicio. Todos los muertos, incluidos los que han precedido a la venida de Jesús o los que no le han conocido, serán juzgados en función del criterio de hacer el bien o hacer el mal.

Pistas de lectura

El cristiano que pone su fe en Jesús recibe la vida que el Hijo ha recibido en plenitud. Esta vida eterna, ya presente en el corazón de la vida del creyente, encontrará su conclusión y su cumplimiento en el momento de la resurrección final.

Las imágenes del tema bíblico del final de los tiempos no deben ocultar lo esencial del mensaje de Jesús: la promesa de una vida en Dios, en plenitud, para los que han tratado de hacer el bien.

* Este fragmento del evangelio de Juan supone una asamblea de cristianos convencidos. En efecto, está muy centrado en la persona de Cristo y en la escucha de su Palabra.

15. JESÚS HA VENIDO
PARA QUE VIVAMOS
DIOS NOS AMA COMO UN PADRE
(Juan 6,37-40)

El contexto

Este texto, un fragmento del discurso de Jesús sobre el «Pan de vida», es continuación del milagro

(o signo) de los panes (Jn 6,1-15) y revela su significado. Es inútil pensar que poseemos el registro de las palabras de Jesús ese día en la sinagoga de Cafarnaún. Siguiendo un procedimiento que le resulta familiar, el evangelista presenta a la vez lo que vivió Jesús de Nazaret y lo que sus discípulos entendieron de él, después de Pascua, gracias a la experiencia de la eucaristía.

A partir de la evocación del maná (v. 31), Jesús anuncia a sus adversarios: «Os aseguro que no fue Moisés quien os dio el pan del cielo. Es mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo. El pan de Dios viene del cielo y da la vida al mundo» (vv. 32-33). Nuestro texto pertenece a la primera parte del discurso (vv. 35-47), que explicita este anuncio: Jesús es el pan que baja del cielo, hay que creer en él.

El texto

Jesús acaba de afirmar que él es el pan de vida bajado del cielo (6,35). Estamos en la lógica de la encarnación afirmada desde el prólogo: «La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros» (1,14). Si ha bajado del cielo es para traer la vida al mundo. La continuación explícita este don de la vida. Pero se pone una condición para poder beneficiarse de este don: hay que «venir» a Jesús; venir es aquí equivalente a creer.

La obra de Jesús es inseparable de la del Padre, pues la venida del Hijo al mundo es la manifestación de la voluntad de Dios de salvar a los hombres. Los que vienen a Jesús son un don del Padre. Y si Jesús no rechaza a ninguno de los que le han sido dados es porque hace la voluntad del Padre, que no quiere que se pierda ni un solo hombre. Por tanto, la voluntad del Padre es ante todo que el Hijo dé la vida, la vida eterna. La resu-

rección en el último día es el último acto por el cual el Hijo da la vida en plenitud.

El que obtiene la vida eterna es el que «ve al Hijo y cree en él» (v. 40). Los judíos vieron en Jesús un hombre como los demás; sólo los ojos de la fe permiten reconocer en él a aquel que viene del cielo, el Hijo de Dios.

Pistas de lectura

Este texto es frecuentemente escogido por esta frase: «Al que viene a mí no lo echaré fuera». Así pues, es importante subrayar todo lo que, en este fragmento, evoca la voluntad de Dios: que los hombres tengan la vida. La vida eterna, la resurrección, es la expresión última del amor de Dios. Pero sería deseable insistir igualmente en la fe en Jesús como enviado del Padre. Venir a él, creer en él, es seguir sus pasos, haciendo como él la voluntad del Padre, que es siempre la misma: que los hombres tengan la verdadera vida, la que atraviesa y supera la muerte.

16. EL PAN DE VIDA (Juan 6,51-58)

El contexto

Este texto es un fragmento del discurso de Jesús en la sinagoga de Cafarnaún después del milagro de los panes (cf. p. 53). El evangelista nos ofrece aquí el sentido del milagro de los panes, tal como los cristianos lo entendieron después de Pascua y lo viven en la eucaristía. En la primera parte (vv. 35-47), Juan presenta a Jesús como el verdadero pan que baja del cielo y en el que hay

que creer. En la segunda parte, de donde está tomado nuestro texto, proclama a Jesús como pan vivo que da la vida al mundo y que el creyente debe apropiarse. En todo este pasaje aparece claramente que es Jesús resucitado el que se dirige a la muchedumbre.

El texto

– v. 51: relación entre la primera parte del discurso y la imagen del maná. Jesús había dicho: «*El pan de Dios viene del cielo y da la vida al mundo*» (v. 33); aquí dice: «*Yo soy el pan vivo bajado del cielo (...) El pan que yo daré es mi carne. Yo la doy para la vida del mundo*».

La palabra «carne» (o bien «carne y sangre») puede tener dos sentidos en la Biblia. La objeción de los judíos (v. 52) muestra que ellos han entendido este término en sentido material de «sustancia del cuerpo, carne», mientras que Jesús la emplea para designar a la persona, frágil y mortal. El futuro «daré» evoca la muerte de Jesús en la cruz. Esta muerte ofrecida es la que se convierte en fuente de vida para el mundo.

– vv. 53-56: «Comer la carne del Hijo del hombre» es una metáfora, una imagen para expresar la unión con la persona del Salvador, a fin de beneficiarse de la vida eterna. La expresión «Hijo del hombre» designa a un personaje celestial bajado del cielo para después ser elevado a él (Dn 7,14); Jesús se lo aplica con frecuencia. Es el Hijo el que se ha hecho carne en este mundo para salvarlo.

La imagen de la permanencia expresa perfectamente la inaudita intimidad que se establece entre Jesús y aquel que comparte su vida en la eucaristía, intimidad y unión construidas según el modelo de la unión entre el Padre y el Hijo.

Todos estos términos encuentran su sentido en referencia a la eucaristía. A partir de ahora, este sacramento hace entrar en plena comunión con la persona de Jesús muerto y resucitado, hace actual el don de la vida que Jesús ha ofrecido por todos los hombres.

Pistas de lectura

Los términos utilizados en este texto son difíciles de comprender para quienes no viven la eucaristía. Pero el clima eucarístico de este texto no debe enmascarar lo esencial: comer la carne del Hijo de hombre y beber su sangre es unirse a aquel que ha dado su vida por amor y nos hace entrar en la intimidad de la relación de amor entre el Padre y el Hijo.

El mejor comentario se encuentra en la primera carta de Juan: «En esto hemos conocido lo que es el amor: en que él ha dado su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos» (1 Jn 3,16).

* Parece conveniente utilizar este texto para un difunto que ha frecuentado habitualmente la eucaristía.

17. JESÚS, EL BUEN PASTOR, QUIERE CONDUCIRNOS A LA VIDA COMO UN PASTOR (Juan 10,14-16)

El contexto

Después de la curación del ciego de nacimiento, Jesús entra en una controversia con los fariseos, y presenta entonces su misión con la imagen del

pastor. Se trata de una metáfora tradicional tanto en el Antiguo Testamento como en todo el Oriente antiguo: el rey era llamado pastor de su pueblo. Pero en el libro de Ezequiel, Dios anuncia que él mismo será el pastor de su pueblo (Ez 34). La parábola de la oveja perdida en Mt 18,12-14 y Lc 15,3-7 se hace eco de ello. Los versículos que preceden a nuestro pasaje oponen al verdadero pastor, que da la vida por sus ovejas, y al mercenario, que puede abandonarlas al primer peligro, «porque no cuentan verdaderamente para él» (v. 13).

El texto

– v. 14: Jesús se presenta como el «buen pastor». El término «bueno» recuerda la oposición entre el pastor, ligado personalmente a sus ovejas, y el mercenario, que puede abandonarlas. El conocimiento recíproco entre el pastor y sus ovejas es lo que les une: son como lazos de amor. En el v. 3, Jesús había dicho del verdadero pastor: «Las ovejas escuchan su voz (...) las llama a cada una por su nombre (...) ellas le siguen, pues conocen su voz».

– v. 15: este vínculo recíproco está fundamentado en el amor mutuo que une al Padre y al Hijo. La bondad del pastor se manifiesta en plenitud en que da su vida por sus ovejas: «En esto hemos conocido lo que es el amor: en que él ha dado su vida por nosotros» (1 Jn 3,16).

– v. 16: prolonga el alcance de los versículos precedentes: los beneficiarios del don de la vida de Jesús no son solamente los discípulos judíos que le siguieron durante su ministerio, sino también todos los creyentes procedentes del mundo pagano: también ellos se reunirán en torno a Jesús resucitado y a su palabra.

Pistas de lectura

Para los que vienen a la iglesia con ocasión de un sepelio, es particularmente importante subrayar el conocimiento que Jesús tiene de todas sus ovejas. Para alguien de fuera, todas las ovejas de un rebaño se parecen, pero el verdadero pastor conoce a cada una de sus ovejas por su nombre. Por tanto, Jesús conoce el ser profundo del difunto y no sólo lo que se ve desde el exterior.

El texto también permite recordar lo que fundamenta la esperanza cristiana: Jesús dio su vida por amor; podemos creer en su amor por el difunto que acaba de abandonarnos.

El último versículo subraya la voluntad de Jesús de reunir a los que se han alejado de la Iglesia o pertenecen a otros rebaños, más allá de todas sus divisiones y sus conflictos.

18. «YO SOY LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA» (Juan 11,17-27)

El contexto

El relato de la resurrección de Lázaro (capítulo 11) está situado en la bisagra de las dos grandes partes del evangelio de Juan. Constituye la cima de la primera parte (Jn 2-12), designada habitualmente como el «libro de los signos» (es decir, de los milagros), que comenzaba con el signo de Caná. Pero este capítulo 11 anuncia también la segunda parte del evangelio, llamada el «libro de la gloria», que narra la pasión y la resurrección de Jesús.

Contrariamente a los otros relatos de milagro de los evangelios, los personajes no son anónimos:

son amigos de Jesús. El problema planteado por el narrador es el siguiente: ¿cómo es posible que incluso los amigos de Jesús tengan que enfrentarse a la muerte? La pregunta es tanto más pertinente cuanto que Jesús deja pasar dos días antes de acudir a Betania. Nuestro texto refiere el encuentro de Jesús con Marta: su diálogo es una verdadera pedagogía de la fe. Seguirá el encuentro con María.

El texto

– vv. 17-20: el texto comienza en el momento en el que todo parece perdido. Lázaro está muerto y enterrado desde hace cuatro días (v. 39): todo ha terminado.

– vv. 21-22: Marta comienza enunciando dos convicciones: por una parte, afirma que Jesús, si hubiera estado allí, habría podido curar a Lázaro; por otra, ella conoce el poder de intercesión de Jesús ante Dios.

– vv. 23-24: la afirmación de Jesús: «Tu hermano resucitará», proporciona a Marta la posibilidad de afirmar otra convicción: «Ya sé que resucitará en el último día, en la resurrección» (vv. 23-24). Comparte la fe de la mayor parte de los judíos en la resurrección de los muertos al final de los tiempos.

– vv. 25-26: Jesús afirma entonces: «Yo soy la resurrección y la vida». Se trata de una revelación capital: Jesús es la resurrección; el que cree en él no morirá para siempre. Y Marta está llamada a pasar de lo que ella sabe –Dios resucitará a los muertos el último día– a la fe en la persona de Jesús, que es fuente de vida eterna. La resurrección de Lázaro es el signo del poder de vida que es el propio Jesús.

– v. 27: la respuesta de Marta: «Yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios», es una magnífica profesión de fe.

Pistas de lectura

La cuestión planteada por la muerte de un amigo de Jesús sigue siendo de actualidad para todos los creyentes. Por el bautismo, el cristiano ha pasado de la muerte a la vida; sin embargo, conoce la muerte física. Por tanto, hay dos tipos de muerte mencionados en este texto, como lo muestran los vv. 25-26: por una parte, la muerte física: «Aquel que cree en mí, *aunque haya muerto*, vivirá»; por otra, la muerte como aniquilación total de la persona y sus relaciones: «Todo aquel que vive y cree en mí *no morirá para siempre*».

Es esencial fijarse bien en la diferencia entre Lázaro y Jesús: el regreso a la vida de Lázaro no es más que una especie de reanimación, pues morirá de nuevo, mientras que la resurrección de Jesús es completamente diferente: más allá de la muerte, ha entrado en una vida nueva. Siguiendo sus huellas, también nosotros estamos llamados a superar la muerte, a ser transformados, glorificados.

* Este texto puede ser elocuente para muchas familias, creyentes o no.

19. JESÚS LLORÓ A SU AMIGO LÁZARO (Juan 11,32b-45)

El contexto

Es la segunda parte del relato de la resurrección de Lázaro (cf. p. 56). Narra el encuentro de Jesús con María, la otra hermana de Lázaro, tras el milagro. Más aún que Marta y María, las amigas de Jesús, estamos enfrentados con el enigma de la muerte: nosotros, cristianos, que ya estamos unidos

a Jesús resucitado por nuestro bautismo, ¿cómo experimentaremos la muerte? Jesús precisó: «Aquel que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá»: no se excluye la muerte natural, inevitable para todos los seres que un día han nacido, sino que, más allá de ésta, nos promete una vida que no acaba.

El texto

– v. 32: del relato del encuentro con María no se ha conservado aquí más que el final: palabras de lamento, que repiten exactamente las palabras de Marta (v. 21): «Si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto».

– vv. 33-37: todos los detalles del relato subrayan el drama de la pérdida de un ser querido: los judíos están allí para consolar a María, que llora, así como los que la acompañan; el sepulcro está ahí, bien cerrado. El mismo Jesús está conmovido por una profunda emoción: llora. De nuevo aparece la lacerante pregunta: «¿No podía haber impedido que Lázaro muriera?»

– vv. 38-44: esta secuencia comienza con la emoción absolutamente humana de Jesús; después, el cambio de tonalidad es radical: Jesús recupera su autoridad en el momento de afrontar la muerte: «Rodad la piedra...». A continuación, tras su oración: «¡Lázaro, sal fuera! Quitadle las vendas, para que pueda andar...». Al dar gracias a Dios, antes incluso del milagro, Jesús revela que ese poder sobre la muerte le viene del Padre y que la resurrección de Lázaro es el signo que lo acredita entre los hombres: «Para que crean que tú me has enviado» (v. 42).

Pistas de lectura

El evangelista ha hecho del personaje de Marta el modelo del creyente que profesa su fe en Jesús,

resurrección y vida (lectura precedente). Por el contrario, el encuentro de Jesús y María recuerda que esta fe en la resurrección no puede enmascarar el horror de la muerte. El llanto de Jesús prohíbe cualquier palabra que oculte el drama de los que viven un duelo.

Es posible leer el conjunto de los versículos 17-36 para subrayar los dos aspectos: la fe de los creyentes con Marta y el dolor de la separación con María.

El final del texto, «¡Lázaro, sal fuera!» (vv. 43-44), puede ser difícil de entender, por ejemplo, por los jóvenes; todos sabemos que la resurrección no es inmediata. En estas condiciones, puede ser bueno detenerse en el final del v. 40: «Si crees, verás la gloria de Dios».

Es necesario recordar que la «resurrección» de Lázaro, o más bien su reanimación, es solamente el signo de la victoria de Jesús sobre la muerte, pero no la realidad de la resurrección definitiva, como para Jesús. Es esta resurrección de Jesús la que se nos promete.

20. EL GRANO QUE MUERE DA FRUTO (Juan 12,24-28)

El contexto

Jesús acaba de entrar solemnemente en Jerusalén (cf. la fiesta del Domingo de Ramos), lo que da lugar a dos reacciones. Primero, la de los fariseos, ofuscados ante la multitud que aclama a Jesús: «Todo el mundo lo sigue» (12,19); después, la de los griegos que quieren ver a Jesús (vv. 20-22).

Jesús responde anunciando: «Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser glorificado» (v. 23). La hora, en el evangelio de Juan, designa a la vez la pasión y la resurrección de Jesús. Nuestro texto debe ser leído, por tanto, desde esta doble perspectiva de la cruz y de la gloria.

El texto

– vv. 24-25: la imagen del grano de trigo vincula extraordinariamente bien la muerte y la glorificación. Caído en tierra, el grano parece perdido, pero de hecho produce otros granos en abundancia. Mientras que, si se conserva, permanece solo. Este grano de trigo designa a Jesús: su muerte en la cruz puede parecer el final de su vida, pero su glorificación arrastrará tras él a los hombres hacia la vida eterna. Los creyentes son invitados a seguir el mismo camino: el que vive replegado sobre sí mismo se queda solo, pero el que se abre a los otros da fruto en abundancia. Dar la vida es, paradójicamente, ganarla para la vida eterna.

– v. 26: Jesús ofrece mucho más al que acepta seguirle: le ofrece permanecer con él, es decir, en la plena comunión con su Padre.

– vv. 27-28: el anuncio de la glorificación no atenua la prueba de la cruz. La conmoción de Jesús evoca su agonía en Getsemaní (de la que Juan no habla): «Que se haga tu voluntad, no la mía» (cf. Mc 14,33-36). Sin embargo, Jesús llegará hasta el final con su misión. «Glorifica tu nombre» quiere decir lo mismo que «Padre, santificado sea tu nombre». La voz del Padre autentifica a Jesús como su enviado. Ya ha glorificado a Jesús por medio de los signos, los milagros que ha realizado, y aún lo glorificará mucho más resucitándolo. Esta voz celestial –una imagen bien conocida por el judaísmo del siglo I– recuerda exactamente las escuchadas en el

momento del bautismo y la transfiguración de Jesús en los otros evangelios.

Pistas de lectura

La imagen del grano de trigo es muy elocuente, pero hay que mantenerla aplicada a Jesús: su muerte conduce al don de la vida eterna. Siguiendo los pasos de Jesús es como el discípulo pasa con él y por él a la vida eterna. Desprenderse de la vida no quiere decir desprenderla, sino, al contrario, compartirla: es un don de amor.

La conmoción de Jesús ante la perspectiva de su muerte recuerda que la esperanza de la resurrección no debe enmascarar la prueba de la muerte, sino darle un sentido. La referencia al Padrenuestro ilumina las palabras de Jesús sobre su voluntad de vivir la «hora» de la cruz y la glorificación, para cumplir la misión confiada por el Padre: liberar a los hombres del mal y conducirlos, a través de la muerte, a la vida eterna.

* Este texto viene bien para un difunto que ha sabido «dar su vida» por los demás.

21. EN LA CASA DEL PADRE (Juan 14,1-6)

El contexto

En el capítulo 13, Juan comienza el gran relato de la pasión: en primer lugar, la última cena de Jesús, el lavatorio de los pies y el anuncio de la traición de Judas. Después, viene el gran «discurso de

despedida» (13,31-17,26), que proporciona todo el sentido de la pasión y anuncia la resurrección. Jesús anuncia: «Adonde voy, vosotros no podéis venir» (13,33). Pedro le dice: «Señor, ¿dónde vas?». Jesús le responde: «Adonde voy, tú no puedes seguirme ahora, pero me seguirás más tarde» (13,36). Esta partida de Jesús, que corresponde a su muerte y a su glorificación, le separará de sus discípulos, pero ellos podrán seguirle más tarde, como lo explicita nuestro texto.

El texto

– vv. 1-4: ante la cercana muerte de Jesús, es comprensible que los discípulos estén conmocionados. Les pide que tengan confianza en él, como tienen confianza en Dios, pues al partir hacia la casa del Padre no los abandona, sino que va a prepararles un lugar. Esta casa es lo suficientemente amplia como para acoger a todos los creyentes de todos los tiempos.

Hay que observar los tiempos de los verbos: a la vez el presente: «Donde yo estoy», y el futuro: «También vosotros estaréis». El presente indica que la unión de Jesús con su Padre es una realidad presente, permanente («Nadie va al Padre sino por mí»). Así pues, los discípulos están invitados a reunirse desde ahora con Jesús en la casa del Padre.

– vv. 5-6: la objeción de Tomás: «No sabemos dónde vas», mientras que Jesús acaba de decirlo, indica la incompreensión de los discípulos frente a la cruz. En su respuesta, Jesús habla del «camino» que conduce al Padre; el camino es Jesús mismo. Y si es el Camino hacia el Padre es porque es la Verdad, la plenitud de la revelación y la fuente de la Vida de los hombres.

Pistas de lectura

Este texto comienza con la expresión «No os inquietéis», lo que toma en cuenta el dolor de las familias en duelo. Por tanto, es bueno recordar el contexto dramático de estas palabras: la última noche, Jesús anuncia su cercana muerte.

La imagen de la «casa de mi Padre», donde «muchos pueden encontrar su morada» y adonde Jesús va para prepararnos un lugar, es sencilla y muy elocuente: es el Padre de Jesús el que acoge a los difuntos, el que nos espera a todos. Estas palabras de Jesús apelan a nuestra fe, a nuestra confianza, y resuenan como vigorosas palabras de esperanza.

Pero no hay que olvidar poner de relieve el final: nuestra esperanza se fundamenta en la persona de Jesucristo, cuya muerte y glorificación han abierto el camino hacia la casa del Padre.

22. JESÚS ORÓ POR SUS AMIGOS (Juan 17,1-3.24-26)

El contexto

El capítulo 17 del evangelio de Juan está formado por una oración de Jesús ante sus discípulos durante su última cena. Es la conclusión del gran «discurso de despedida» de Jesús a sus discípulos (Jn 13-17). Nuestro texto está compuesto por dos fragmentos: el comienzo y el final de esta oración «sacerdotal» de Jesús por sus discípulos presentes y futuros. El evangelista presenta a Jesús en toda su dignidad de Hijo en conversación con su Padre. La perspectiva de Juan es doble: a la vez el marco de la última cena, antes de la pasión, pero también el tiempo de después de la resurrección, el

tiempo presente, en el que Jesús intercede por su Iglesia ante el Padre.

El texto

– vv. 1-3: «Ha llegado la hora», proclama Jesús. La «hora», en Juan, designa el momento de la salvación: es tanto la muerte como la glorificación de Jesús. La glorificación del Hijo es el cumplimiento del designio del Padre, y se convierte entonces en la del Padre, puesto que manifiesta el éxito de su plan de salvación para los hombres: el Hijo único les da la misma vida de Dios. Al menos, la da a todos aquellos que el Padre le ha dado; sin duda, el Padre quiere salvar a todos los hombres, pero es preciso que éstos acojan este don de la vida eterna libremente.

El v. 3 precisa lo que es la vida eterna: el «conocimiento» de Dios Padre y de Jesucristo, es decir, la experiencia de la relación personal, de la comunión con Dios y su Hijo.

– vv. 24-26: la segunda parte concierne al futuro de los discípulos. Jesús quiere que su permanencia junto al Padre sea a partir de ahora la de sus discípulos, sus amigos. Ellos verán la gloria del Hijo, es decir, tendrán la experiencia de esta gloria viviendo también ellos en la comunión del Padre y del Hijo, comunión de amor que existe desde toda la eternidad («antes de la creación»). Puesto que Jesús es la revelación plena de Dios, sólo el reconocimiento de Jesús como Hijo permite conocer a Dios como Padre. Si Jesús ha dado a conocer a sus discípulos el nombre de Dios es para que ellos puedan llamarle «Padre nuestro» y para que también ellos entren en el amor recíproco del Padre y el Hijo. En la medida en que los discípulos vivan en la comunión con el Hijo, podrán dar testimonio a su vez de este amor ante los hombres.

Pistas de lectura

Es útil subrayar el lugar único de Jesús: el único revelador de Dios. También se pondrá de relieve el proyecto de Dios manifestado en Jesús: hacer que los hombres compartan la comunión de amor que une al Padre y al Hijo.

Por último, no hay que olvidar la responsabilidad de los creyentes, apreciada por el evangelio y las cartas de Juan: el testimonio de los discípulos no podrá ser recibido más que si éstos están unidos y viven plenamente del amor que han recibido. Cualquier división dentro de la comunidad es un contra-testimonio.

* Se trata de un texto muy denso y un tanto difícil, que hay que reservar para una asamblea de fieles practicantes, iniciados en el lenguaje bíblico.

23. «NO HAY AMOR MÁS GRANDE QUE DAR LA VIDA»

JUNTO A LA CRUZ DE JESÚS ESTABA SU MADRE
(Juan 19,17-18.25-30)

El contexto

Estos dos fragmentos del relato de la pasión según san Juan refieren la crucifixión de Jesús. A diferencia de los sinópticos, Juan presenta la muerte de Jesús a la luz de su resurrección. Se puede comparar este relato de Juan con los iconos orientales del Crucificado: Jesús en la cruz con la cabeza erguida es coronado y vestido con una túnica real púrpura, según esta inscripción: «Jesús Nazareno, rey de los judíos» (v. 19). La crucifixión se convierte en un advenimiento real cuyo trono es la cruz, según estas palabras: «Una vez que haya sido

elevado sobre la tierra (a la vez crucificado y exaltado), atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,32).

El texto

– vv. 17-18: Juan, que ignora el episodio de Simón de Cirene, subraya que el propio Jesús lleva la cruz: da su vida libremente (cf. 10,18). No dice nada de los otros dos crucificados que escoltan a Jesús, como para subrayar su lugar central.

– vv. 25-27: esta escena, que reúne a Jesús, a su madre y al discípulo amado, es propia de Juan. La tradición cristiana ve aquí la afirmación de que la madre de Jesús se convierte en madre de la Iglesia, simbolizada por el discípulo amado. Pero hay que observar que es el discípulo amado el que toma a la madre de Jesús bajo su protección, y no a la inversa. Por tanto, el evangelista quiere mostrar, sobre todo, que la desaparición de Jesús no deja «huérfanos» a sus discípulos (14,18). Antes de morir, Jesús adopta las disposiciones que permitirán a sus amigos vivir bajo la responsabilidad del discípulo amado. La elevación de Jesús en la cruz coincide con el nacimiento de la Iglesia.

– vv. 28-30: en la misma línea, Jesús es presentado no agonizante, sino desde la perspectiva de la historia de la salvación. Dueño de su destino y sabiendo que cumple así todas las Escrituras, Jesús dice: «Tengo sed». No se trata solamente del sufrimiento del condenado, sino de su deseo de beber la copa que el Padre le ha dado (18,11), para llegar hasta el final de su misión. En cuanto a la rama de hisopo, inverosímil para soportar una esponja, alude a la que se utilizaba en el ritual de la Pascua para marcar con sangre de cordero el dintel de las puertas (Ex 12,22). Jesús es el verdadero cordero pascual, como subrayará la cita «no se le romperá ningún hueso» (Ex 12,46 en Jn 19,36).

El sentido teológico de la muerte de Jesús culmina en el final del v. 30: «Inclinando la cabeza, entregó el espíritu». En un primer sentido, la expresión significa «exhalar el último aliento», «morir». Pero el evangelista incluye en él otro sentido, simbólico, coherente con el conjunto del relato de la crucifixión: en el momento de abandonar a los suyos, Jesús les hace entrega del Espíritu. En efecto, es mediante su Espíritu, el Espíritu Santo, como el Resucitado estará a partir de ahora presente en su comunidad (20,22).

Pistas de lectura

En este texto, extraordinariamente rico en símbolos, es bueno poner de relieve el papel de Jesús, que mediante su muerte aporta la vida y entrega su Espíritu; y así cumple las Escrituras. Por tanto, es también el nacimiento de la Iglesia, simbolizada a la vez por María y por el discípulo amado.

* El lenguaje simbólico y la perspectiva de este texto, que se abre sobre el tiempo de la Iglesia, harán más bien que se reserve para una asamblea de cristianos practicantes.

Tabla de lecturas

Primeras lecturas

Antiguo Testamento

1. 2 Macabeos 12,43-46	Es bueno rezar por los muertos	7
2. Job 14,1-3.10-15	¿Es la muerte el final de todo? (o: Cuando el sufrimiento es evidente)	8
3. Job 19,1.23-27a	Mantener la confianza en la prueba	9
4. Sabiduría 2,1-4a.22-23; 3,1-9	El sentido de la vida y de la muerte	9
5. Sabiduría 2,23; 3,1-6.9	La vida del hombre está en manos de Dios	9
6. Sabiduría 4,7-15	«Llegó a la perfección en poco tiempo»	10
7. Isaías 25,6a.7-9	Dios es más fuerte que la muerte	11
8. Lamentaciones 3,17-26	A pesar de todo, no pierdo la confianza (o: En la prueba me vuelvo hacia Dios)	12
9. Daniel 12,1b-3	Los muertos se despertarán un día en la luz	13

Nuevo Testamento

10. Hechos de los apóstoles 10,34-43	Dios ha venido a salvar a todos los hombres	14
11. Romanos 5,6b-11	«Cristo murió por nosotros, prueba de que Dios nos ama»	15
12. Romanos 5,17-21	Gracias a Cristo, el amor de Dios nos salva	16
13. Romanos 6,3-9	Pasar por la muerte con Cristo para vivir con él (o: Hijos de Dios para la eternidad)	17
14. Romanos 8,14-17	En la prueba, Dios sigue siendo nuestro Padre	17
15. Romanos 8,18-23	La esperanza de un mundo nuevo	18
16. Romanos 8,31b-35.37-39	«¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo?»	19
17. Romanos 14,7-9.10b-12	La vida y la muerte de un hombre (o: Miramos la vida y la muerte de Cristo)	20
18. 1 Corintios 15,1-5.11	Creemos en Cristo muerto y resucitado	21
19. 1 Corintios 15,12.16-20	La resurrección de Cristo anuncia la nuestra	22
20. 1 Corintios 15,19-24a.25-28	Todos volveremos a vivir en Cristo (o: Cristo nos lleva a todos a la vida eterna)	23
21. 1 Corintios 15,51-54.57	«¿Dónde está, muerte, tu victoria?»	24
22. 2 Corintios 4,14-5,1	Vincularse a lo que permanece	25
23. 2 Corintios 5,1,6-10	En camino hacia nuestra verdadera morada	26
23 bis. Efesios 1,3-5	Dios nos ha elegido en Cristo para ser santos	27
24. Filipenses 3,20-4,1	La promesa de la resurrección nos da valor	28
25. 1 Tesalonicenses 4,13-14.17d-18	Dios nos llevará con él (o: Gracias a Cristo, la muerte no es el final de todo)	29
26. 2 Timoteo 2,8-13	«Viviremos con Cristo»	30

27. 1 Pedro 1,3-8	«Una esperanza viva»	31
28. 1 Juan 3,1-2	Cómo nos ama Dios	32
29. 1 Juan 3,14.16-20	El amor nos hace pasar de la muerte a la vida	33
30. 1 Juan 4,7-10	«Dios es amor» (o: El mensaje de san Juan)	34
30 bis. Apocalipsis 7,9-10.15-17	Dios reúne a sus hijos	34
31. Apocalipsis 14,13	«Dichosos los muertos que duermen en el Señor»	35
32. Apocalipsis 20,11-21,1	Cuando se abra el gran libro de la vida	36
33. Apocalipsis 21,1-5a.6b-7	¿Adónde va el mundo? (o: Vendrá un día en que seremos reunidos)	37

Evangelios

1. Mateo 5,1-12	¿Dónde se encuentra la verdadera felicidad?	39
2. Mateo 11,25-28	«Venid a mí todos los que sufrís»	40
2 bis. Mateo 18,1.5.10	Hijo de Dios	41
3. Mateo 25,1-13	Saber esperar en la noche	41
4. Mateo 25,31-46	Seremos juzgados sobre el amor	42
5. Marcos 10,28-30	La recompensa de los verdaderos discípulos	43
6. Marcos 14,32-36	La víspera de su muerte Jesús sintió miedo (o: Cuando Jesús acepta la cruz)	44
7. Marcos 15,33-34ac.37-39; 16,1-6	Jesús murió y vive	45
8. Lucas 2,22b.25-32	«Ahora puedes dejar a tu siervo irse en paz»	46
9. Lucas 7,11-17	Jesús y el hijo de la viuda de Naín	47
10. Lucas 12,35-38.40	Acoger al Señor cuando venga	47
11. Lucas 23,33-34.39-46.50.52-53	«Hoy estarás conmigo»	48
12. Lucas 24,13-35	Los discípulos de Emaús	49
13. Juan 3,16-17	«Tanto amó Dios al mundo»	50
14. Juan 5,24-29	Ésta es la hora de entrar en la vida	51
15. Juan 6,37-40	Jesús ha venido para que vivamos (o: Dios nos ama como un padre)	52
16. Juan 6,51-58	El pan de vida	53
17. Juan 10,14-16	Jesús, el buen pastor, quiere conducirnos a la vida (o: Como un pastor)	54
18. Juan 11,17-27	«Yo soy la resurrección y la vida»	55
19. Juan 11,32b-45	Jesús lloró a su amigo Lázaro	56
20. Juan 12,24-28	El grano que muere da fruto	57
21. Juan 14,1-6	En la casa del Padre	58
22. Juan 17,1-3.24-26	Jesús oró por sus amigos	59
23. Juan 19,17-18.25-30	«No hay amor más grande que dar la vida» (o: Junto a la cruz de Jesús estaba su madre)	60

Contenido

Si hay un momento en el que los textos de la Biblia son escuchados con atención es con ocasión de los funerales. Estas palabras de esperanza y de fe a menudo son recibidas como reconfortantes, como una luz en días sombríos. Este Cuaderno se dirige a todos aquellos que se enfrentan con la muerte de un ser querido o tienen que pasar por un duelo. Especialmente, podrá prestar un buen servicio a los presbíteros o laicos que tienen que celebrar funerales: les ayudará a alimentarse de la Palabra de Dios para poder compartirla con los que están afligidos.

Los autores son biblistas o presbíteros en parroquia, o ambas cosas a la vez: François BROSSIER (Vendôme), Michel CLINCKE (Armentières), André DUBLED (Amiens), Philippe GRUSON (Évangile et Vie), Raymond KUNTZMANN (Estrasburgo) y Claude WIÉNER (Ivry sur Seine).

Consejos para la elección de las lecturas	5	Evangelios	39
Bibliografía	6	Mateo (textos 1-4)	39
Primeras lecturas		Marcos (textos 5-7)	43
Antiguo Testamento (textos 1-9)	7	Lucas (textos 8-12)	47
Hechos, Cartas, Apocalipsis (textos 10-33)	14	Juan (textos 13-23)	50
		Tabla de lecturas	62